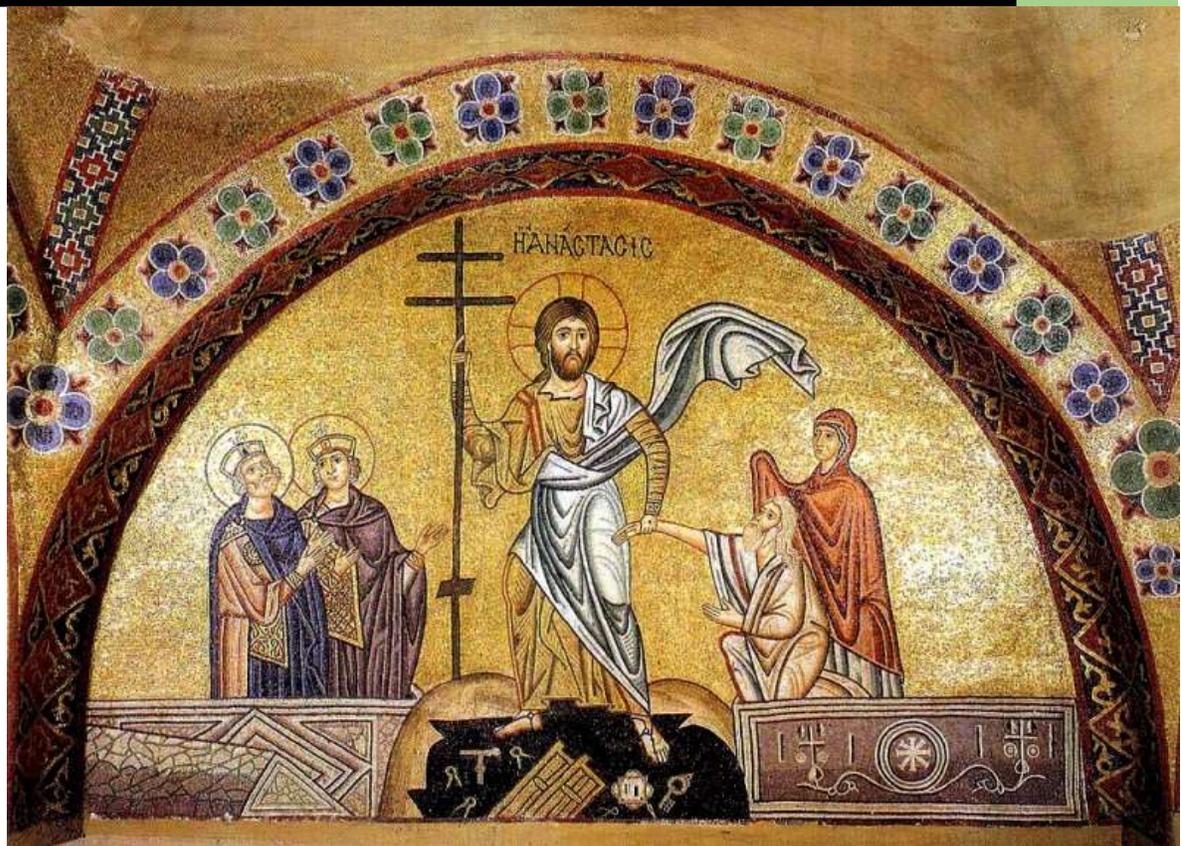


Para crecer en Santidad



Padre Lucas Prados

ADELANTE **FE**
información Católica

Para crecer en Santidad

Padre Lucas Prados

Adelante la Fe: Información Católica
adelantelafe.com

Introducción

Hoy día, una de las cosas más difíciles de encontrar es un buen director espiritual. Aunque la verdad, este problema siempre ha existido. Recuerdo cuando la pobre Santa Teresa de Jesús tenía que hacer grandes esfuerzos para encontrarlo. Algunos tenían abundantes conocimientos teológicos pero estaban poco avezados en la vida espiritual; otros en cambio, aparentemente tenían más cualidades para dirigir, pero no tenían suficiente conocimiento teológico para poder encaminar a las almas. Lo que se pretende con estos escritos es ayudar a aquellas almas que deseen sinceramente progresar en la vida espiritual. En ningún momento se desea reemplazar al director espiritual.

Construyendo nuestro “edificio espiritual”

Santa Teresa empezó a hablarnos del progreso en la vida espiritual valiéndose de la imagen de un castillo interior donde hay muchas moradas. Conforme se va progresando espiritualmente, el alma va pasando de una morada a otra más profunda. Yo lo voy a enfocar más bien como un edificio que tenemos que construir.

Recuerdo que hace algunos años leí en una publicación de parroquia una historia sencilla que me llamó bastante la atención y que ahora os cuento.

Érase una vez una mujer, ya madura de edad, que acababa de morir. A lo largo de sus años de vida nunca había hecho nada realmente malo, pero tampoco se había preocupado de ser buena, hacer obras de caridad... Como había muerto sin pecado grave, pero con imperfecciones y pecados veniales, tuvo que pasar un tiempo que no podríamos precisar en el Purgatorio. Llegado el momento, Dios se la llevó al cielo. Una vez que hubo llegado, llamó a la puerta e instantes después salió San Pedro. San Pedro la hizo pasar. Cuando la mujer vio el cielo quedó maravillada.

San Pedro le dijo:

— Bien sígame que le llevaré a su morada.

De pronto, antes los ojos de la mujer se empezó a dibujar un palacio bellissimo.

La mujer pensó: “¡Qué chula va a ser mi casa!”

Pero cuál fue su sorpresa cuando San Pedro pasó de largo.

Entonces la mujer preguntó:

— ¿Por qué no me quedo en ese palacio tan bello?

Y San Pedro le dijo:

— “Ese palacio es para los apóstoles y los mártires. Ellos dieron la vida por Dios y ahora Dios les da lo mejor”.

La mujer se entristeció un poco pero siguió adelante. Ya se empezaba a ver una casa gigantesca, bellísima. No era el palacio que había visto antes, pero era maravillosa, por lo que pensó: "Bueno, tampoco está mal".

Pero cuál fue su sorpresa cuando San Pedro pasó de largo.

Entonces la mujer preguntó:

— ¿Por qué no me quedo en esa mansión tan bella?

Y San Pedro le dijo:

— "Esa mansión es para los santos confesores y doctores de la Iglesia. Ellos entregaron su vida al servicio de Dios y ahora Dios les da lo mejor".

San Pedro siguió caminando por el cielo. Nuevas casas, cada vez más pequeñas, se iban haciendo presentes delante de la mujer; pero ninguna de ellas era para ella. Al final, vio una choza hecha con cuatro tablas y sin puerta. En ese momento San Pedro se detuvo y le dijo a la mujer:

— Esta es tu casa.

Cuando la mujer vio la casa se puso a llorar. Entonces San Pedro le preguntó:

— Mujer, ¿por qué lloras? Esto es lo que pudimos construir con las cosas que nos mandaste desde la tierra cuando vivías. Nos enviaste tan poco que sólo pudimos hacer esta choza.

Y la mujer, lloró todavía más intensamente. En medio de sus lágrimas comenzó a pensar:

— Si hubiera hecho más cosas buenas en vida ahora estaría gozando de un palacio bellísimo, pero como hice pocas cosas ahora me toca estar en esta choza tan fea.

Tal era el llanto, que la mujer se despertó del sueño en el que estaba profundamente inmersa. Miró a su alrededor para asegurarse dónde estaba y entonces se puso a pensar... Ese podría ser mi futuro si no cambio ahora. Y desde ese momento la mujer se hizo el propósito de cambiar y de llegar a ser santa.

¡Cuántas veces nos conformamos con no ser malos! Creemos que eso será "suficiente" para llevarnos al cielo. Al cielo no van los que no son malos sino los que aman a Dios sobre todas las cosas y al prójimo por amor a Dios. De hecho, Dante sitúa en el primer círculo del infierno a aquellos que no hicieron nada malo ni bueno en esta vida.

~ ~ ~

A través de este escrito deseo ayudarles en esta empresa de la búsqueda de Dios y la santidad. Poco a poco iremos hablando de la gran mayoría de cosas que le hacen falta a un cristiano para ser feliz aquí en la tierra y luego tener "una buena casa" en el cielo.

Empezando la construcción

Para hacer una buena edificación lo primero que tenemos que hacer es saber qué es lo que queremos construir; es decir tener unos buenos planos. El segundo paso será limpiar el solar quitando todo lo que estorbe. En una tercera etapa prepararemos el terreno para comenzar a hacer los cimientos. Acto seguido haremos los pilares maestros, para después levantar las paredes, tabicar... Llegará un momento en el que la construcción como tal esté hecha. Ahora tocará poner los baños, la cocina, los muebles..., y por último la decoración.

En la vida espiritual no es diferente.

Primero necesitamos tener unos buenos planos; es decir: ¿cuál es mi ideal? ¿A qué santo deseo parecerme? ¿Qué quiero hacer con mi vida? O mejor ¿Qué espera Dios que yo haga con la vida que me ha dado?

Acto seguido tendremos que empezar a preparar el solar limpiándolo de todo pecado grave. Es imposible pretender comenzar una vida espiritual seria si no tenemos la gracia de Dios. Tened en cuenta que en este trabajo nunca estaremos solos, Dios y su fuerza serán nuestra primera ayuda. Es por ello que tener su gracia es esencial. Sin la gracia santificante lo único que construiremos será un castillo de naipes.

Si ya estamos en gracia entonces tendremos que empezar a aplanar el solar. Es decir, con la ayuda de un director espiritual tendremos que ver cuáles son nuestros defectos predominantes, qué áreas hay en la vida que nos separan de Dios.

Llega ahora el momento de preparar el hueco para hacer los cimientos. Hacer unos buenos cimientos es imprescindible si deseamos construir un edificio alto y resistente. Esta parte suele ser costosa pues tendremos que meter las máquinas para hacer agujeros en nuestro corazón, en nuestra mente... y eso duele. Hay muchas personas que no hacen buenos cimientos porque eso les supone mucho esfuerzo; y ya sabemos cuál será el resultado final, el edificio se caerá con el más pequeño terremoto. ¡Cuántas personas empiezan con muy buenos deseos! Pero ¡qué pocos perseveran!

Y así poco a poco iremos construyendo nuestro "edificio espiritual".

~ ~ ~

Así pues, después de esta breve introducción, en el próximo capítulo comenzaremos preparando los planos, alisando el solar, eliminando basura... y así seguiremos construyendo capítulo a capítulo nuestro "edificio espiritual". Sí es verdad que los planos, como hacen los arquitectos de verdad, los iremos modificando según vayamos construyendo, adecuándolos a las necesidades y gustos personales. El solar, una vez limpio y aplanado, tendremos que seguir limpiándolo toda la vida, pues siempre salen hierbas que afean... Es decir, la labor de construcción nos llevará toda la vida. Sólo al final, cuando Dios nos llame, es cuando el tiempo de edificar habrá concluido.

Los planos, el terreno y el arquitecto

“Porque, ¿quién de vosotros, al querer edificar una torre, no se sienta primero a calcular los gastos a ver si tiene para acabarla? No sea que, después de poner los cimientos y no poder acabar, todos los que lo vean empiecen a burlarse de él, y digan: «Este hombre comenzó a edificar y no pudo terminar»”. (Lc 14: 28-30)

Para la edificación de nuestra “morada espiritual” necesitaremos: ideas claras, dinero, terreno y un arquitecto que nos ayude.

Preparando los planos de nuestro edificio espiritual

A la hora de hacer los planos tendremos que tener ideas claras acerca de qué es lo que queremos hacer con nuestra vida. Para ello lo primero que tendremos que hacer es preguntarle a Dios qué es lo que quiere que yo haga con la vida que Él me regaló. Para la gran mayoría será casarse y formar una familia cristiana; para unos pocos será entregarse a Dios a través de una vida sacerdotal o religiosa consagrada. Lo que sí es necesario es que partamos con ideas claras. Ya sabemos lo que ocurre cuando uno no piensa dos veces lo que quiere construir. Al cabo de unos años todo son pegotes, arreglos, añadidos... y al final la casa queda hecha un desastre.

Recordemos también que cada santo es diferente. Aquello de que *“cuando Dios crea un santo rompe el molde”* es verdad. No hay dos santos iguales; pero es bueno tener siempre ante nuestros ojos algún santo sobre el que tengamos ciertas preferencias y al que de un modo u otro nos gustaría imitar. Sin olvidar nunca que nuestros principales modelos tendrán que ser siempre Cristo y nuestra Madre Bendita del Cielo.

Ha habido santos que han destacado por su pobreza como San Francisco de Asís; otros han destacado por su caridad como San Vicente de Paul; otros por su amor a los enfermos como San Juan de Dios; otros por su amor a los niños como San Juan de Dios. Hubo santos doctores como Santo Tomás de Aquino; y santos que apenas sabían leer como San Pascual Bailón o nuestro queridísimo Fray Escoba (San Martín de Porres). La santidad nunca dependió de las cualidades intelectuales sino de la grandeza de corazón y del deseo ardiente de amar a Dios.

Por ello, es bueno hacer un análisis objetivo de nosotros mismos, para, a la luz de Dios y con la ayuda del director espiritual, comenzar a trazar el camino de lo que será nuestra santidad. Recuerda que Dios nos “necesita” a todos, nadie está de sobra, y es por ello que “busca” nuestra ayuda.

Hacer la elección adecuada es importante y urgente. ¡Cuántas personas se pasan años pensando la carrera que van a estudiar! Pero ¡qué pocas personas se preocupan de descubrir cuál es el camino para el cual el Señor los ha puesto en este mundo!

Cada persona recibe de Dios un grupo de cualidades, habilidades, preferencias, talentos; descubrirlos es esencial para luego poder trazar bien el camino.

Asegurarnos de que tenemos suficiente terreno y dinero para edificar

Una vez que tengamos claro este primer punto, tendremos que asegurarnos que tenemos terreno y dinero suficientes para esa edificación. No sea que pretendamos construirnos un palacio y sólo tengamos 200 metros cuadrados. Puede ocurrir que con el paso de los años una casa que en un principio era pequeña, gracias a la adquisición de nuevo terreno, la podamos agrandar. Lo mejor será tener grandes ideales; es decir, intentar tener unos planos completos e ir construyendo poco a poco conforme tengamos más posibilidades.

Hemos de tener también en cuenta que Dios no otorga a cada persona la misma cantidad y calidad de terreno para efectuar la edificación. Ahora bien, tengamos por seguro que la cantidad y calidad que nos dé será más que suficiente para levantar el edificio que Dios tenía pensado para nosotros. No olvidemos la parábola de los talentos.

El tener más terreno o en mejor lugar lo único que hace es que luego seamos más responsables ante Dios y como consecuencia nos pida más. Al que le dio cinco talentos, luego esperaba recibir de él otros cinco. En cambio al que le dio dos talentos, sólo esperó recibir dos más de vuelta. Lo malo es cuando el talento que hemos recibido de Dios lo guardamos bajo tierra y no negociamos con él. Si así lo hacemos, no podemos esperar de Dios otra cosa sino castigo.

Ese terreno recibido no es otra cosa sino el conjunto de facultades, habilidades, virtudes... que Dios otorga a cada uno. Esos son nuestros talentos. Luego, será nuestra responsabilidad usarlos adecuadamente, mantenerlos, mejorarlos y hacerlos crecer con su ayuda y su gracia.

Encontrar a un buen arquitecto que nos guíe

Y lo último, y no menos importante, es contactar con un buen arquitecto. Él será quien nos ayudará a plasmar sobre el papel y luego en la realidad, lo que nosotros tenemos en la mente. Nos aconsejará con su experiencia para que no cometamos muchos errores.

Ese arquitecto será al principio de nuestra vida nuestros padres y profesores. Son ellos los que nos van ayudando a poner los primeros lineamientos de nuestra vida espiritual. Más tarde será el director espiritual el que se hará cargo de nosotros. Él verá cómo somos, nos ayudará a descubrir nuestra vocación (si no lo hemos hecho ya por nuestra cuenta) e irá aconsejándonos debidamente cómo ir paso a paso edificando nuestro ideal.

La preparación de los planos no puede ser el resultado de la fiebre de un día, ha de ser el resultado de un estudio profundo hecho a la luz del Sagrario y a resultas de encontrar la respuesta a una de las preguntas fundamentales que hemos de hacer en nuestra vida: ¿Qué es lo que Dios espera de mí?

El director espiritual no es un consejero humano, como puede ser un amigo o un psicólogo. El psicólogo sólo usa "herramientas humanas" para sus consejos; en cambio el director espiritual usa "herramientas humanas y sobrenaturales". Él ha sido investido por el mismo Dios con la potestad sobrenatural para hacerlo (lo que se llama gracia de estado). El director espiritual no es un buen psicólogo. Usa también de la psicología, del mismo modo que utiliza otras ciencias humanas, pero principalmente se vale de la fe y los dones sobrenaturales que Dios le da.

El director espiritual ha de ser un sacerdote o un religioso que haya recibido el sacramento del orden. El director espiritual no puede ser un seglar, una persona consagrada o una monja; incluso aunque fueran personas muy santas. Se podría acudir a ellos en alguna ocasión particular para hacer una pregunta o pedir un consejo, pero no para realizar la dirección espiritual. Recordemos que sólo el sacerdote tiene la gracia de estado para dirigir, pues sólo él es pastor. Los seglares, las monjas, los frailes no ordenados, son "ovejas del rebaño de Cristo", por lo que su función no es guiar sino seguir al pastor.

Desde siempre, el mismo confesor solía ser el director espiritual de las almas sencillas, padres de familia, amas de casa. Al mismo tiempo que uno acudía a confesarse, el penitente aprovechaba para hacerle algunas preguntas que le pudieran ayudar en su camino hacia la santidad. En la actualidad, debido al poco tiempo que el sacerdote le dedica al confesionario y a la raquítica vida espiritual que los mismos suelen tener, encontrar un director espiritual que nos guíe se hace cada vez más difícil. Es por ello que necesitamos pedir a Dios para que nos ayude a encontrar a aquél que vaya a guiar nuestras almas.

Es bueno, aunque no es necesario, que el director espiritual sea también el confesor; pues así nos conocerá más profundamente. Ha habido ocasiones en las que se presenta una cara ante el confesor y otra muy diferente ante el director espiritual. También lo que se puede hacer es mencionar al director espiritual aquellos pecados ya perdonados en la confesión, pero que no nos permiten crecer espiritualmente. Sea de un modo u otro, lo que es importante es que el director espiritual sepa "todo lo bueno y lo malo" que pasa en nuestra alma.

Recordemos que para la confesión hace falta la presencia física ante el confesor. Es decir, no se puede confesar por teléfono o carta. No ocurre así con la dirección espiritual. Para la dirección espiritual, lo más adecuado es la presencia física, pero a veces esto no es posible, por lo que se puede hacer por cualquier medio de comunicación: carta, correo electrónico, teléfono. Teniendo siempre el cuidado y la delicadeza de mantener la privacidad y la discreción.

La dirección espiritual no hay que hacerla con el sacerdote que más nos guste, sino con el que más nos ayude. Podría ocurrir que el sacerdote que menos nos guste sea el más capacitado, nos conozca mejor y sepa exigirnos y ser al mismo tiempo flexible.

El director espiritual ha de ser padre, maestro, médico, guía y juez. No ha de tener miedo a decir la verdad. Ha de llevar a la oración personal cada uno de sus dirigidos para que así el Señor le ilumine.

La dirección espiritual conviene que sea constante y continua. Por lo menos una vez al mes; aunque podría ser más frecuente si hubiera necesidad. No es bueno estar cambiando de director espiritual, a no ser que no hubiera entendimiento o uno viera que no había progreso alguno.

Ante el director espiritual hemos de ser dóciles, del mismo modo que somos ante el arquitecto cuando nos dice que los pilares los hemos de poner en otro lugar o han de ser más anchos o han de estar formados por una composición más rica de cemento y hierro.

Con el director espiritual, hablemos con sencillez, humildad, seriedad y profundidad. También escuchémosle con un corazón abierto, atento y humilde. En ocasiones nos dirá que todo va bien, pero en otras, tendrá que corregirnos severamente.

En la elección del director espiritual conviene, si es posible, elijamos a un sacerdote con experiencia y edad; un sacerdote que esté humanamente bien formado y sea espiritual.

~ ~ ~

Una vez que hemos hablado de los planos, el terreno y el arquitecto, conviene ahora comenzar allanando el terreno, sacando el nivel, eliminar basura y obstáculos..., pero esto será el contenido del siguiente apartado.

Que Dios les bendiga, si con nosotros, usted comienza este camino hacia la santidad.

Eliminando obstáculos

Una vez que ya tenemos el terreno para edificar, los planos y el arquitecto, procede ahora comenzar con el siguiente paso: Eliminar los obstáculos y allanar el terreno donde vaya a ir el edificio. Antes de allanar el terreno y prepararlo para comenzar con los pilares que sustentarán la edificación, tendremos que eliminar la basura, piedras grandes e incluso aquellas que apenas se vean porque están bajo tierra, pero que impedirán realizar una conveniente edificación.

La confesión sacramental

Los grandes obstáculos a los que hago referencia y que están a la vista son los pecados graves. Es por ello que lo primero que hay que hacer es un buen examen de conciencia y una confesión general (si es posible y conveniente). Para ello, lo mejor es seguir algunos de los formularios, de los muchos que existen, para hacer una buena confesión. Al final de este capítulo les dejamos algunos enlaces donde podrán encontrar dicho examen de conciencia.

Muchas veces cuando acudimos a la confesión nos solemos acusar de los pecados más llamativos, pero a veces dejamos en el tintero, pecados que también pueden ser graves. Por ejemplo: cuando confieso a personas, es muy frecuente que me digan que han perdido los nervios en casa o que han dicho malas palabras, pero raramente se confiesan de pecados contra la virtud de la castidad, faltar a Misa los domingos, haber defraudado a hacienda, estar usando medios anticonceptivos, pecados de omisión, faltar a la caridad. Confesar estos pecados es más bien el resultado de que el confesor pregunte al penitente que de la reflexión propia del que se va a confesar. Con el fin de realizar una confesión completa es bueno acudir a un folleto de examen de conciencia. De ese modo también evitamos que el confesor tenga que pasar el mal trago de empezar a preguntar por multitud de pecados cuando percibe que el penitente ha acudido al sacramento sin la debida preparación. Otra cosa diferente es cuando el mismo penitente le pide ayuda al confesor porque desea hacer una buena confesión.

Recordemos también que la confesión o penitencia es uno de los siete sacramentos instituidos por Jesucristo. Sólo el sacerdote tiene el poder (otorgado por Dios a través del sacramento del orden y del permiso dado por su obispo) de perdonar los pecados (Jn 20:23). Últimamente hay personas que dicen "confesarse directamente con Dios" bien por vergüenza o por no encontrar un sacerdote. Eso no es confesión. Es más, los pecados no son perdonados. Aun en el supuesto de que hubiera contrición perfecta y se perdonaran los pecados, sería necesario confesarse ante un sacerdote lo antes posible.

La contrición perfecta

La contrición es, según la definición del concilio de Trento, el dolor del alma y la detestación de los pecados cometidos, con el propósito de no volver a pecar más en el futuro (DS 1676). Así pues, comprende tres elementos: dolor, detestación y propósito.

La contrición perfecta (que hay que distinguir de la contrición imperfecta, o atrición) designa un arrepentimiento profundo, en el que el motivo está representado por el amor perfecto a Dios. Si va unida con el deseo - aunque sólo sea implícito- del sacramento, la contrición perfecta produce siempre el perdón inmediato de cualquier pecado. Pero es necesario confesar cuanto antes, es decir, una relación con el sacramento al que está ordenada ontológicamente la contrición perfecta. El acto del penitente no es completo más que cuando su arrepentimiento se manifiesta a través del sacramento de la penitencia.

La contrición tiene que ser verdadera para ser perfecta; es decir, ha de ser un acto de la voluntad y tiene que excluir el afecto al pecado. No basta con el deseo o la resolución de no pecar más en el futuro, ya que este deseo o resolución pueden ir unidos al afecto y a la complacencia por el pecado. La contrición debe ser sobrenatural en cuanto al principio y en cuanto al motivo; tiene que disponer la voluntad del penitente hasta tal punto que éste tiene que estar dispuesto a sufrir cualquier mal y a renunciar a cualquier bien, antes que pecar gravemente de nuevo. Estas características de la contrición son necesarias para obtener la justificación.

Eliminar también los obstáculos que haya bajo tierra

Recordemos que en la confesión hemos de incluir todos los pecados graves cometidos y no confesados desde la última confesión bien hecha. Es por ello que una vez que hemos "quitado" las "piedras" más grandes y visibles de la superficie, hemos de confesar ahora las piedras grandes que están bajo tierra y que apenas se ven, pero que impedirían comenzar la edificación. Me refiero a los pecados capitales, los pecados contra los mandamientos de la Santa Madre la Iglesia, los pecados de omisión, las faltas de caridad..., éstos también los hemos de incluir en la confesión sacramental.

Como un buen médico que busca no sólo quitar los síntomas de la enfermedad sino curar al enfermo, es importante ir a la raíz del mal que hay en el corazón del hombre. Es decir, hemos de incluir en nuestro examen los pecados capitales.

a.- Los pecados capitales

El término "capital" no se refiere a la magnitud del pecado sino a que da origen a muchos otros pecados. De acuerdo a Santo Tomás (II-II: 153:4) *"un vicio capital es aquel que tiene un fin excesivamente deseable de manera tal que en su deseo, un hombre comete muchos pecados todos los cuales se dice son originados en aquel vicio como su fuente principal"*.

Enumeramos ahora los pecados capitales: soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza. Y las virtudes que se oponen a cada uno de ellos: humildad, generosidad, castidad, paciencia, templanza, caridad y diligencia.

Por ahora nos vale con esa mera enumeración de los mismos. Espero en un futuro dedicarle un artículo, pues considero que a pesar de ser un tema muy importante, está un tanto abandonado en la catequesis y predicación actual.

b.- La confesión general

Y por último, en esta fase de preparación del terreno, es ideal pasar un "tractor oruga" con un arado bien profundo que vaya al fondo del subsuelo y arranque todas las toscas que todavía puedan quedar. Esto no es otra cosa que una confesión general bien hecha siguiendo un Examen de Conciencia General como el que incluimos al final de este capítulo.

Una vez hecho este examen de conciencia general tampoco conviene estar haciendo frecuentemente un examen profundo, ya que una vez limpiado el terreno a fondo ya está limpio. Hacer un examen general muy frecuentemente nos podría conducir a escrúpulos y tampoco podemos caer en ese error.

Una buena preparación del terreno es pues imprescindible

Recuerdo que hace ya más de cuarenta años, cuando yo vivía todavía en casa con mis padres, solíamos ir los veranos a una finca que se encontraba cerca de Valencia. Había dos casas solariegas juntas; en una vivía mi familia y en la otra unos amigos. Delante de la casa había un terreno que querían transformar en jardín común para ambas casas. Mi padre y el vecino estuvieron hablando para hacer el trabajo en común pero no llegaron a ningún acuerdo. Mi padre quería usar un tractor que removiera la tierra y quitara todas las piedras que hubiera; en cambio el vecino no quería hacer mucho gasto extra. Así que al final decidieron que cada uno se hiciera cargo de la zona que tenía frente a su casa.

Mi padre contrató un tractor oruga y sacó todo aquello que estorbaba, hierbas, piedras... y luego allanó el terreno. Una vez acabada esta primera etapa, hizo agujeros y en ellos fue plantando pinos pequeños. El vecino, en cambio, comenzó a plantar pinos sin preocuparse de preparar el terreno; se limitó a hacer agujeros en el suelo y empezó a plantar pinos más o menos del mismo tamaño que los que había plantado mi padre.

Veinte años después, los pinos de la zona de mi padre tenían ya más de diez metros de altura, mientras que los del vecino no pasaban del metro y medio. En la actualidad, los pinos de mi padre tienen ya más de quince metros, mientras que en el área del vecino prácticamente no queda nada; muchos de los pinos murieron, otros fueron arrancados. Así que en la actualidad el único que tiene jardín es mi padre. Mi vecino sólo tiene un erial delante de su casa.

La conclusión es obvia. Pretender comenzar la edificación sin haber preparado debidamente el terreno sería totalmente inútil e hipócrita. No haríamos sino engañarnos a nosotros mismos.

Allanando el terreno

La última fase de esta etapa será allanar el terreno y sacar niveles para evitar luego inundaciones u otros problemas.

Pedir la opinión de nuestro director espiritual sería muy conveniente, pues él nos puede decir si ya todo está preparado o por el contrario hay zonas que necesitan mucha más limpieza. En esta etapa, como en todas las demás, jugará Dios un papel muy importante. La docilidad a su Espíritu será esencial.

Las limitaciones del terreno

Una cosa que tendremos que tener siempre presente es que por muy bien que preparemos el terreno, siempre habrán limitaciones, imperfecciones... que tendremos que tener presentes durante toda nuestra vida. Entre ellas destacamos la concupiscencia, las imperfecciones de cada uno y las limitaciones propias de la naturaleza humana.

Se llama concupiscencia a la inclinación de la naturaleza humana al pecado. Esta inclinación es consecuencia del pecado original. La inclinación al mal o concupiscencia no se quita con el bautismo. Sabiendo que tenemos esa inclinación natural al mal tendremos que estar siempre vigilantes. La concupiscencia es algo que todos sentimos; pues nos resulta más fácil hacer el mal que el bien. Por sí misma, la concupiscencia es una inclinación al mal; de suyo no es pecado.

~ ~ ~

Y recordemos también que aunque ahora quede todo limpio y listo para empezar a edificar, con el paso del tiempo tendremos que volver a revisar, pues es frecuente que malas hierbas vuelvan a crecer, piedras que entonces eran pequeñas, ahora puedan ser más grandes... y que siempre tendremos que estar listos para eliminar.

Y de momento dejamos aquí nuestra edificación durante unos días con el fin de que la tierra se asiente, reciba las primeras lluvias y así podamos ver si hay algunos errores que podamos corregir antes de empezar a hacer los cimientos de lo que será nuestro edificio espiritual. Así pues, en el próximo capítulo seguiremos. Tocaré ya hablar de los cimientos y los pilares de nuestro edificio espiritual.

Los cimientos del edificio espiritual

“Por lo tanto, todo el que oye estas palabras mías y las pone en práctica, es como un hombre prudente que edificó su casa sobre roca; pero todo el que oye estas palabras mías y no las pone en práctica es como un hombre necio que edificó su casa sobre arena.” (Mt 7: 24.26)

A la hora de preparar los cimientos de nuestro edificio espiritual hemos de tener en cuenta lo siguiente. Comenzar a edificar sin tener buenos cimientos es lo mismo que construir sobre terreno inseguro. Al primer problema todo el edificio se vendrá abajo. Los cimientos y luego los pilares serán los que darán especial solidez a nuestro edificio. Es por ello que tendremos que poner especial cuidado en la realización de los mismos.

Se dice que una persona tiene cimientos cuando tiene una base sólida sobre la que construir. En términos vulgares se dice que esa persona tiene “madera”. ¡Cuántas veces he oído decir a los profesores del colegio! *“Este chico hará grandes cosas, tiene madera”*. Y por el contrario también he oído decir lo opuesto.

Recordemos que el edificio que tenemos que construir es espiritual, dicho en otras palabras, es eminentemente sobrenatural. Pero lo sobrenatural se edifica “sobre” lo “natural”. Si no hay nada “natural” es difícil construir lo “sobrenatural”. Sí es verdad que lo sobrenatural lo pone Dios, pero Él necesita nuestra colaboración y una base principalmente natural que lo sustente. Esa base son precisamente los cimientos.

Ese sustrato de roca sobre el que edificar, y que no es otra cosa que un conjunto de virtudes principalmente naturales, es algo que nosotros deberemos proveer a Dios. Si no lo tenemos entonces tendremos que hacerlo. La clave será comenzar a hacer cimientos hasta que encontremos un sustrato sólido desde donde poder edificar.

Problema para crear ese sustrato: Los valores que impregnan la sociedad actual

A la hora de crear en los más jóvenes ese sustrato sólido desde donde ellos puedan edificar, el primer y más importante enemigo que se encuentran es la sociedad actual en la que viven. Los valores que impregnan la sociedad actual son totalmente contrarios a nuestra fe; e incluso desde el punto de vista meramente humano, se podrían considerar como antivalores.

Veamos una serie de ejemplos que hablan por sí mismos.

1. La enseñanza está especialmente diseñada para que los niños y jóvenes no piensen. Se sigue la ley del mínimo esfuerzo y la de premiar al que menos se lo merece; y en cambio no favorecer al que destaca. Es común ver a jóvenes universitarios con miles de faltas de

ortografía, un desconocimiento total de la historia, literatura... y en general de las ramas básicas del conocimiento; es decir de aquello que comúnmente llamamos "cultura".

2. Las bellas artes, desde la música, la pintura, el teatro, el cine... huyen de la belleza y ensalzan lo feo.
3. La vida se orienta sobre la base de valores superficiales donde lo espiritual no tiene cabida. El hedonismo, el materialismo y en general miles de depravaciones son la nueva panacea que busca el joven como ingrediente esencial de la felicidad.
4. En el aspecto religioso, debido a la crisis actual de la fe, hay un intento de transformar el vicio en virtud; y prueba de ello lo vemos en el reconocimiento por parte de la sociedad y la familia, de las uniones libres, uniones del mismo sexo... Hasta hace no tantos años los padres luchaban para que sus hijos se casaran por la Iglesia. En la actualidad, parejas que no están casadas son aceptadas en el hogar paterno como si todo fuera correcto. Es más, incluso en muchas ocasiones son los padres los que les dicen a los jóvenes: *"Vosotros vivid juntos unos años y si la cosa funciona, pues luego os casáis. Siempre hay tiempo después. Pero si ahora te casas y no funciona, ¡imagínate el problema con el que tendrás que cargar toda la vida!"* Parece como que Dios y la moral no cuentan para nada.
5. Los padres andan más preocupados de que a sus hijos le crezcan los dientes derechos a que tengan un alma limpia, vayan a Misa... No enseñan en casa el valor del esfuerzo, la honestidad, el sacrificio. Todo se reduce a *"haz lo que quieras mientras que no me molestes"*. Los niños son aleccionados desde bien pequeños a no carecer de nada y a conseguir sin esfuerzo alguno todo lo que deseen (que suele ser algún bien material).
6. En la sociedad actual se acepta cada vez como más normal orientaciones sexuales desviadas; y por el contrario se acusa de homófobos a quienes defienden una sexualidad tal como nos enseña nuestra fe cristiana. La sexualidad perversa y desbocada que inunda la televisión, el cine, las costumbres sociales, incluso, la vida cotidiana de los matrimonios y las parejas. Los niños son corrompidos desde bien pequeños a "experimentar" todo tipo de conductas sexuales en los colegios.
7. Y no hablemos del gravísimo problema de la juventud con el alcohol y las drogas.
8. Entregarse a Dios, ya en el sacerdocio o en la vida religiosa, era una opción bastante común hasta hace unos cincuenta o sesenta años; pero en la actualidad, prácticamente ningún joven tiene en su mente la opción de servir a Dios.

Por otro lado, los medios de comunicación bien se han ocupado de denigrar y ridiculizar la imagen del religioso o del sacerdote. Cualquier caso de abuso sexual es ampliamente aireado en los media, no tanto preocupados por conseguir una justicia para la persona ofendida, cuanto por destruir la sagrada imagen del sacerdote o del fraile de turno.

Y yo me pregunto ¿quién está detrás de todo esto? Claramente se ve que es una campaña a nivel mundial que está perfectamente orquestada. La respuesta es muy sencilla: el demonio y todos aquellos que le sirven. Ya se lo dijo Satanás a Cristo: *"Todo esto te daré si postrándote me adoras"*. Hay muchos que para conseguir el poder se han arrodillado ante Satán y están destruyendo a pasos acelerados el mundo que nos rodea.

Frente a todo esto tendrán que luchar los padres cristianos, los jóvenes y en general, cualquiera que desee realmente edificar su vida espiritual. Así pues, intentemos establecer los cimientos de nuestro edificio.

Los primeros cimientos

Lo ideal es que ese sustrato se vaya realizando desde la infancia; y poco a poco - con el paso de los años - se vaya haciendo más sólido y firme. Este sustrato humano está formado por virtudes humanas como: generosidad, valentía, espíritu de trabajo, veracidad, capacidad de sacrificio, negación de uno mismo. A lo cual tendremos que añadir ciertas virtudes sobrenaturales incipientes: fe, esperanza, caridad, prudencia..., oraciones elementales, pequeñas devociones, rezo al ángel de la guarda, cariño a la Virgen María, asistencia dominical a la Santa Misa, y otra multitud de pequeñas prácticas de piedad.

Con el paso de los años, esas virtudes incipientes se irán compactando e irán formando un sustrato que serán la base de nuestra personalidad, virtudes..., de lo que genéricamente llamamos "madera".

Un punto muy importante a tener en cuenta, y que muchas veces descuidan los padres será la formación de ciertos valores, que aunque aparentemente pequeños, son esenciales.

Y me refiero a valores como:

1. Enseñar a los niños a captar la belleza de una buena música, un bello paisaje, una película bonita: con ello se les abre a los niños la capacidad de conocer a Dios; pues Dios es la Suma Belleza. Si un niño es incapaz de emocionarse ante lo bello, difícilmente luego se enamorará de Dios.
2. Enseñar a los niños a comer de todo: con ello se les educa en la capacidad de sacrificarse y de hacer incluso lo que no les gusta, pero que es bueno para ellos.
3. Enseñar a los niños la virtud de la obediencia por amor: con ello aprenden a auto-controlarse, a ser dóciles, a seguir al que les enseñe, a darse cuenta que no lo saben todo y necesitan aprender de aquel que les quiera enseñar.
4. Enseñar a los niños a desprenderse de "sus" juguetes por amor a sus hermanos y amigos: con ello aprenden los niños a ser generosos y a dar aunque ellos personalmente se queden sin nada. A través de ello, aprender que se es más feliz dando que recibiendo (Hechos 20:35).

Y como éstos, un conjunto de pequeñas virtudes, pero que serán esenciales, pues ellas estarán formando los cimientos sólidos que luego serán capaces de sostener una gran edificación.

Veamos en la familia de Jorgito un modelo a imitar. (Por si no sabe quién es Jorgito, le diré que es un personaje que se ha hecho famoso en "Adelante la fe").

Todas estas pequeñas virtudes se han de aprender en el hogar y en el colegio. Desgraciadamente muchos niños de hoy día nacen en hogares de padres separados o no casados; de padres que no practican la religión; de padres tan preocupados de ganar el pan de cada día que se olvidan de aquellos para quienes lo ganan. Es por ello, que esa "madera" que tendría que ser el cimiento sólido falta en muchos casos; por lo que edificar espiritualmente sobre un terreno sin cimientos será imposible.

El demonio es muy inteligente. Él sabe que estas virtudes son necesarias para todo aquel que quiera ser santo. Es por ello que bien se preocupa de destruirlas o de no permitir que se consigan durante la infancia y la adolescencia.

Tengan, pues, los padres especial cuidado en que sus hijos crezcan en todas estas virtudes; y cuando empiecen a salir del hogar como consecuencia de tener que ir al colegio, no sean contagiados con los "vicios", "faltas" y "defectos" de los otros niños y jóvenes. ¡Cuántos niños que eran encantadores hasta los ocho o nueve años, enseguida que empezaron a ir a "fiestas"... se estropearon! Conozco muchos casos desgraciados de niños a los que les ilusionaba ir a Misa todos los domingos con sus padres; pero cuando cumplieron los doce o trece años empezaron a renegar; los padres a ceder... y pasando uno o dos años más, ya nunca más asistieron a la Iglesia.

La fabricación de los primeros cimientos cuando somos adultos

En el supuesto de que esas primeras virtudes humanas y sobrenaturales que han de formar los primeros cimientos de nuestro incipiente edificio espiritual no estuvieran presentes a una edad adulta, tendríamos que preocuparnos de adquirirlos antes de seguir con la edificación.

Mirad, cuando uno es pequeño todavía no hay vicios adquiridos, defectos grabados en nuestra personalidad..., por lo que comenzar a poner pilares es fácil y rápido; pero cuando uno es mayor, hay tantas cosas que eliminar, que cavar los cimientos será algo arduo, doloroso y prolongado, aunque no imposible (con nuestro esfuerzo y la gracia de Dios)

¡Cómo recuperar el sentido de la belleza aquél que se ha acostumbrado a oír música rap o esa música de discoteca que antes nos lleva a lo malo que a querer a Dios! No conozco a nadie que después de haber estado horas y horas en la discoteca, bailando, bebiendo y... se vaya a la Iglesia a rezar a Dios y darle gracias. Es imposible. Son dos mundos totalmente opuestos. Todo lo feo y perverso siempre está más cerca del demonio que de Dios.

Y me preguntaréis, y entonces ¿qué puedo hacer yo? Parece que esa es la historia de mi vida. ¿Cómo puedo empezar?

Del mismo modo que no se puede poner un injerto de piel sobre piel muerta, pues ésta no "agarraría" o como nos dice el Señor *"no se puede echar vino nuevo en odres viejos"* o *"no se puede enmendar un paño viejo con tela nueva pues el roto se haría más grande"*, tampoco se puede construir sobre terreno arenoso o pantanoso. Tenemos que profundizar esos cimientos hasta que lleguemos a terreno sólido.

Realizar este proceso puede ser doloroso y costoso pues tendremos que eliminar "vicios" y "defectos" que se han hecho naturales en nuestra forma de ser. Me refiero a la soberbia, la impaciencia, el mal carácter, el egoísmo, los apegos, el materialismo, la lujuria, la pérdida de la sensibilidad para las cosas espirituales... El director espiritual nos podrá ayudar para descubrir mejor cuáles áreas de nuestra personalidad están causando conflicto en la preparación de unos buenos cimientos.

Tendremos, pues, que realizar al mismo tiempo una labor de excavación y reemplazo. Es decir, ir reemplazando lo malo por la virtud opuesta. Al poco tiempo tendremos ya una base sólida.

¿Cuáles serán las primeras cosas buenas que tendremos que poner en la base de nuestros cimientos? En general todo aquello que sea necesario y de lo que carezcamos. Aquí les doy algunos ejemplos: confianza en Dios, limpieza de corazón, aprender a valorar los bienes espirituales, amor al silencio y a la oración, buenas lecturas, adquisición de buenos hábitos humanos y espirituales, dedicarle tiempo a Dios todos los días...

~ ~ ~

Una vez que tengamos una base sólida sobre la que construir, empezaremos a levantar los pilares maestros. Estos pilares maestros serán principalmente: la oración, el sacrificio, los sacramentos y las virtudes (especialmente la caridad y la humildad); pero de ello nos ocuparemos en el siguiente capítulo.

Los pilares de nuestro edificio espiritual

La oración

Preparado ya el terreno y con los cimientos dispuestos para empezar la edificación, es ahora el momento de comenzar a hacer los pilares. Como en todo edificio, hay una serie de pilares que podríamos llamar "maestros" que son los que mantendrán prácticamente la estructura y el peso de todo el edificio. Luego construiremos también pilares "secundarios" que ayudarán en la estabilidad del mismo.

Los cuatro pilares fundamentales de cualquier edificio espiritual que nunca podrán faltar en quien desee llevar una seria vida espiritual son: la oración, el sacrificio, los sacramentos y las virtudes (en especial la caridad y la humildad).

Así pues, entremos ya en el tema y comencemos por hablar de uno de los pilares maestros más importantes: La oración.

Primero de todo decir que no pretendemos hacer aquí un tratado de oración, ni mucho menos, sino simplemente enumerar algunos datos acerca de lo que debe ser la oración cristiana. Hay muchos y muy buenos tratados de oración al alcance de todos.

La oración es para muchos un mundo nuevo y desconocido

A lo largo de mis treinta años de sacerdocio y cuarenta y siete de vida de oración, una de las cosas que más me han llamado la atención es el desconocimiento general que el cristiano de hoy tiene sobre la oración. Para la gran mayoría, la oración queda reducida a la oración vocal (el rezo del Padrenuestro, Santo Rosario...). Algunos, muy pocos, se atreven a hacer "oración" mental; pero cuando les preguntas cómo la hacen, prácticamente todo el tiempo de oración se reduce a la lectura meditada de un libro de piedad. Esto es lo que podríamos llamar los prolegómenos de la oración. Pero entender y más aún practicar la oración a un cierto "nivel" es prácticamente desconocido para el común de los cristianos.

Muchas razones se podrían dar para explicar este desconocimiento, entre otras: la falta de predicadores que hablen de la oración, la poca publicidad que tienen los buenos libros sobre la oración, la actitud bastante frecuente de menospreciar el valor del silencio y la soledad, la sobrevaloración que se da a la vida activa en detrimento de la vida contemplativa, etc...

Descubrir la oración y su valor

Parafraseando lo que nos dice el P. Gálvez en su libro *"El Misterio de la Oración"*:

"Fue Santa Teresa, principalmente a través de su Autobiografía y de su libro Las Moradas, quien me hizo descubrir el mundo fantástico y maravilloso -para mí hasta entonces

desconocido- de lo que quizá sería la relación amorosa con Dios, junto al inexpresable diálogo de amor entre dos enamorados que en este caso serían Dios y el hombre.

Aquello fue para mí como si hubiera aterrizado en otro planeta. Hasta el punto de que la vida adquirió desde entonces un nuevo sentido. Dios no había sido otra cosa, para un jovencito como yo, que el Ser Infinito y Bueno al que acudir en caso de necesidad y al que además yo nunca había sentido dificultad en amar (bien que a mi modo), independientemente de las exigencias del Primer Mandamiento y sin plantearme mayores problemas que pudieran complicarme la vida.

Fue entonces cuando de pronto descubrí que Dios quería ser mi amigo, que yo podría amarlo hasta el más loco enamoramiento y que Él podría igualmente prendarse de mí. Lo que me abrió las puertas de un mundo al que podría entrar para recorrer los apartados senderos por los que andaban los enamorados; sin duda que murmurando mutuamente en susurros lo que de por sí resultaría inefable para cualquiera otro. Todo lo cual, si bien fue demasiado fuerte para mi entendimiento y para mi corazón, me proporcionó la respuesta a la pregunta que tan a menudo me había formulado a mí mismo: si acaso la vida poseía algún sentido. Cuestión para la cual jamás había encontrado solución alguna”.

El que ha descubierto el valor de la oración y la pone en práctica es como aquél que encuentra un cofre donde hay un tesoro, lo abre y se aprovecha de lo que allí se encuentra. El cofre está ahí; todos tenemos acceso a la llave, pero muy pocos se molestan en abrirlo.

Definición de oración

La oración es un diálogo amoroso entre Dios y el hombre, el hombre y Dios.

El tiempo dedicado a la oración es uno de los más importantes en la vida del cristiano. Es el momento en que Cristo y el hombre se “funden”, sin perder cada uno su propia identidad, en amor recíproco; donde ambos se dan y se entregan mutuamente. Es el momento del encuentro, del reposo, de la lucha... y todo ello movido por el amor mutuo.

El tiempo de la oración es el momento en el que recargamos nuestras “baterías” pues estas tienden a perder su poder como consecuencia del peso del día y del calor. El tiempo de la oración es un momento de ensueño, alegría, paz, encuentro; y a veces también, de sufrimiento y ausencia. Es en cierto modo un momento en el que nos unimos a Dios, anticipando así la bienaventuranza celeste aquí en la tierra.

Condiciones para que la oración sea posible y fructífera

1. Cuando uno va a hacer oración es conveniente, aunque no necesario, **estar en gracia de Dios**. Hasta el pecador puede y debe rezar. Por ejemplo: la oración del alma arrepentida que busca a Dios y pide perdón, es una oración muy agradable a Dios. Ahora bien, si lo que

deseamos es avanzar en la vida de oración, es necesario estar en gracia de Dios; sin ella no se podría pasar de los grados iniciales de oración.

2. **El silencio y la soledad.** El mismo Señor nos lo dice: *"Tú, cuando ores, entra en tu cámara y, cerrada la puerta, ora a tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo dará."*(Mt 6:6). Debemos procurar silencio tanto interno como externo. Es decir, encontrar un lugar donde no haya ruidos. Por otro lado también tendremos que procurar el "silencio interno"; es decir, olvidarnos momentáneamente de los quehaceres y problemas del día a día. Aunque también podremos traer esos problemas cotidianos como tema de conversación para hablar con Dios.
3. **El lugar para la oración.** El lugar ideal es el templo, la capilla o el oratorio. Ahora bien, muchas veces no será posible acceder a una Iglesia, bien porque la distancia sea considerable o bien porque la Iglesia esté cerrada (que será lo más frecuente). Y dentro del templo, el mejor lugar es cerca del Santísimo. En muchas ocasiones, la distancia al templo o la hora en la que nosotros podamos hacer la oración, harán que sea imposible llegar hasta él; por lo que tendremos que buscar algún otro lugar solitario donde orar: monte, playa (vacía) e incluso en alguna habitación de la propia casa (donde no haya ruido).
Un consejo: no sé si se habrán dado cuenta que en casi todos los hospitales suele haber capilla. Estas capillas están accesibles las 24 horas del día, todos los días de la semana. Os lo comento porque a mí me han solucionado el problema en multitud de ocasiones.
4. **El tiempo y el momento del día dedicados a la oración.** Cualquier cristiano debería dedicar al menos media hora cada día a hacer oración. Si es un alma consagrada (sacerdote, fraile, monja o seglar consagrado) su tiempo de oración no debería bajar de una hora diaria. Que nadie me objete que no hace oración porque no tiene tiempo; pues yo le preguntaré: ¿tiene tiempo para comer? ¿Tiene tiempo para dormir? Siempre encontramos o "hacemos" tiempo para aquellas cosas que son necesarias. Es más, siempre encontramos tiempo para aquello que nos gusta. ¿Me dirá entonces que no hace oración porque no es necesaria o más bien porque no le gusta?
En cuanto al momento para hacer nuestra oración. Todo depende de que la Iglesia esté abierta; de nuestras posibilidades... Lo mejor es hacer como hacía el Señor, buscarnos un tiempo cuando nadie nos busque ni nos necesite; en algunas ocasiones supondrá quitar tiempo al sueño: *"De madrugada, todavía muy oscuro, se levantó, salió y se fue a un lugar solitario, y allí hacía oración"*. (Mc 1:35)
5. **La humildad.** Es una de las condiciones más importantes que ha de cumplir nuestra oración si deseamos que sea escuchada por Dios. Recordemos el episodio del fariseo y del publicano que nos cuenta el evangelio (Lc 18: 9-14): *"Dos hombres subieron al Templo a orar: ... Os digo que éste bajó justificado a su casa, y aquél no. Porque todo el que se ensalza será humillado, y todo el que se humilla será ensalzado"*. O en ese otro lugar donde el Señor nos dice que sólo revela "sus secretos" a los pequeños: *"Por aquel tiempo tomó Jesús la palabra y dijo: "Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a los pequeños. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien"*. (Mt 11: 25-26)
6. **La perseverancia.** Como nos dice San Pablo (Rom 12:12), hemos de ser constantes en la oración. Esta práctica de piedad es la que más suele sufrir dependiendo del humor con el que

nos hayamos levantado. Al final, sólo hacemos oración cuando nos apetece y no cuando lo necesitamos (que es siempre).

7. **El sacrificio.** Es imposible crecer en la vida de oración si a esta no va unida una vida de sacrificio y penitencia. Recordemos también, como nos dice Cristo, que en la lucha contra el demonio son necesarias la oración y la penitencia. (Mt 17:21)
8. **En el Espíritu Santo.** No olvidemos que es el Espíritu Santo el que ora en nosotros con gemidos inenarrables. Sin el Espíritu Santo nuestra oración nunca llegaría al cielo. (Rom 8:26)
9. **Que proceda del corazón** y no sólo de los labios: *"Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón anda lejos de mí"* (Mt 15: 7-9)

Mantener la presencia de Dios durante todo el día

Si la oración la hemos definido como una conversación de amor entre el alma y Dios; mantener la presencia de Dios es el resultado de llevar al Amado siempre en la mente y en el corazón. Del mismo modo que el enamorado tiene siempre presente la imagen de su amada, también el cristiano debe llevar a Dios en su mente y en su corazón las veinticuatro horas del día. Es lo simpáticamente decía Santa Teresa de Ávila: *"también entre los pucheros anda Dios"*.

Tipos más frecuentes de oración

- **Según el modo:** hablamos de oración vocal, mental y contemplación o propiamente mística.
- **Según el contenido:** la podemos dividir en: oración de súplica o petición, de acción de gracias, de alabanza y de unión con el Amado.
- La oración también puede ser **privada** o en **común**. En este apartado nos referimos especialmente a la oración personal y privada. Ejemplos típicos de oración en común son la Santa Misa, el rezo del Santo Rosario en familia...

Los santos y la oración

Ya hemos visto cómo Cristo practicaba la oración. El evangelio también nos muestra cómo Él enseñó a sus discípulos a orar: *"Cuando oréis decid así: Padre nuestro que estás en los cielos..."* (Mt 6: 9-13).

La Virgen María también oraba: *"Y ella guardaba todas estas cosas meditándolas en su corazón"* (Lc 2:19).

Los apóstoles no sólo aprendieron de Cristo a orar, sino que también practicaron la oración una vez que Cristo hubo muerto y resucitado: *"Todos éstos perseveraban unánimes en la oración, con algunas mujeres, con María, la madre de Jesús, y con los hermanos de éste"*. (Hechos 1:14)

La oración fue siempre un pilar esencial en la vida espiritual de todos los santos:

- Santa Teresita del Niño Jesús: *"La oración y el sacrificio constituyen todas mis fuerzas; son mis armas invencibles"*.
- Sor Lucía de Fátima: *"En la oración recibirás fuerza y luz. Nunca consideres malgastado el tiempo que emplees en la oración. La causa del mal que hay en el mundo y de la tristeza de muchas personas proviene de la falta de oración"*.
- San Antonio María Claret: *"La oración es el mejor medio para obtener la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos y el alivio de las almas del Purgatorio"*.
- San Alfonso María de Liguori: *"Se peca porque se quiere, pues quien reza no peca, y quien no reza peca infaliblemente. Si somos vencidos, la culpa es nuestra, por no haber orado..."*
- San Juan Bautista de la Salle: *"La oración ha de ser tu principal apoyo, no la dejes nunca"*.
- San Claudio de la Colombiere: *"Cuenta tus penas a Jesucristo, que está siempre cerca de ti"*.
- San Vicente de Paul: *"En la oración mental es donde encuentro el aliento de mi caridad. Lo más importante es la oración; suprimirla no es ganar tiempo sino perderlo. Dadme un hombre de oración y será capaz de todo"*.
- San José de Calasanz: *"Sin la oración no se puede estar bien con Dios; porque es tan necesaria a la persona interior como el alimento corporal a la persona exterior"*.
- San Roberto Belarmino: *"No hay santo alguno que no haya sobresalido en la oración."*
- San Juan Berchmans: *"En el descuido de la oración está el origen de toda apostasía de la religión católica"*.
- San Alonso Rodríguez: *"En la oración es donde nuestro corazón más se ejercita en el amor actual a Dios"*.
- San Juan de la Cruz: *"Quien huye de la oración, huye de todo lo bueno"*.
- San Luis Gonzaga: *"La oración es el medio más corto y eficaz para alcanzar las virtudes"*.
- Santa Teresa de Jesús: *"En la oración es donde Jesucristo da luz para conocer las verdades"*.
- San Juan de Ávila: *"Las armas ofensivas y defensivas contra los demonios están en la oración, la cual ellos querrían quitar, porque con la oración tenemos desarmados a los demonios"*.
- Santo Tomás de Aquino: *"Dios da la gracia sólo a los que se la piden; por tanto sin oración no puede haber salvación"*.
- San Bernardo: *"La oración nunca es infructuosa"*.
- San Isidoro de Sevilla: *"En ningún momento anda el demonio tan solícito en distraernos con la memoria de las cosas temporales como cuando nos dedicamos a la oración"*.
- San Agustín: *"Dios atiende siempre nuestras oraciones aunque no nos dé lo que le pedimos. Él sabe lo que nos conviene. Como Padre amoroso que es, nunca dará a su hijo lo que pueda hacerle daño o no le convenga, aunque se lo pida llorando"*.
- San Justino: *"La oración y la acción de gracias son lo que más agrada a Dios"*.
- San Efrén: *"Gran armadura es la oración, tesoro maravilloso, riqueza inagotable, puerto sereno, fundamento de tranquilidad, raíz, fuente y madre de innumerables bienes... Durante toda la vida del hombre, no hay tesoro comparable a la oración"*.

Las etapas más comunes de la vida de oración

Si la oración vocal nos suele acompañar toda nuestra vida - tiempo que dedicamos a rezar el Santo Rosario, ciertas devociones particulares...- , la oración mental sufrirá cambios continuamente. No se

puede decir que, incluso aunque el alma sea generosa y devota, haya un progreso continuo en la vida de oración; sino que ésta suele tener altibajos; pasar de la simple meditación a la contemplación, y vuelta a empezar. Este suele ser el método que Dios utiliza con la mayoría de las almas que se acercan a este mundo maravilloso.

Es muy común, que muy poco después de que hayamos comenzado a practicar la oración diaria, Dios nos traslade a una incipiente oración contemplativa con el fin de que “gustemos” a Dios y experimentemos su cercanía. Es un truco que Dios utiliza para “engancharnos”. Poco después, el agua volverá a su cauce y tendremos que ir lentamente pasando, como nos dice Santa Teresa en sus “Moradas” de una habitación a otra, más interior, íntima y profunda. Poco a poco esa oración, preferentemente meditativa, se irá tornando en contemplativa; donde ya no intervendrá tanto la mente sino el corazón. Los largos discursos de un principio, irán dando paso al silencio, que en un comienzo será seco y árido, y luego lleno de color, amor y sufrimiento. Será entonces cuando estemos entrando en el mundo de la contemplación mística. Un mundo no reservado a las “almas privilegiadas” sino disponible para todo aquél con el corazón suficientemente grande para amar y para ser amado.

El abandono de la oración

Muchos son los que movidos por un deseo de progreso espiritual se dan cuenta de la necesidad de la oración y comienzan a orar, pero muy pocos son los que perseveran. Las causas más frecuentes del abandono en la oración son: el pecado, la superficialidad de nuestra vida, el activismo, el no haber “contactado” con Cristo y el estancamiento en la oración.

Es también bastante frecuente que la oración se estanque durante un tiempo. Cuando la oración se estanca se debe, en la gran mayoría de los casos, al hecho de que Dios está esperando que nosotros movamos ficha. Igual que en el ajedrez, en algunas ocasiones estamos esperando que Dios mueva ficha, cuando en realidad es nuestro turno. Dios está esperando que nos libremos de esos apegos o eliminemos ciertas imperfecciones que son un verdadero obstáculo para proseguir en nuestro camino espiritual. Mientras que no lo hacemos nuestra oración se estanca. Y ya sabemos lo que ocurre cuando el agua se estanca, fácilmente se corrompe.

Algunas desviaciones de la oración cristiana: Los “nuevos métodos” de oración

Desde hace más de cincuenta años, y como consecuencia del terremoto que asoló la Iglesia por los años sesenta del siglo pasado, muchas almas consagradas y cristianos en general, salieron en busca de nuevas experiencias de oración. Fue cuando se introdujeron ciertas “desviaciones” en lo que debería ser la oración cristiana. Estamos hablando de los “métodos orientales de oración”. Estos métodos carecen de contenido sobrenatural, por lo que no deberían ser usados por ninguna persona que deseara adentrarse en el mundo de la oración cristiana.

Resumiendo la información que sobre los mismos hace el Catecismo de la Iglesia Católica (nº 2726) y la Carta de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe del 15 de octubre de 1989 parafraseamos: Hay que advertir que uno de los errores más difundidos hoy en Occidente en torno a los "métodos orientales", y más en particular el yoga, la oración Zen..., es creer que se trata de simples métodos de relajación o de ejercicios gimnásticos muy aptos para descargar al hombre moderno de su tensión psicológica, afectiva, laboral, etc., sin caer en la cuenta de que conllevan todo un trasfondo filosófico-religioso y que su fin no es una simple relajación física y psíquica, sino un vaciamiento de sí mismo

Ante la fascinación orientalizante que existe en buena parte de nuestra sociedad occidental, como fruto de la profunda decadencia de valores que sufre actualmente y que le conduce hacia un desmedido afán de novedad, de originalidad y de entusiasmo por lo exótico; y ante el hecho cierto de que se puede descubrir esa misma fascinación en ámbitos católicos, incluso dentro de comunidades religiosas, debido a un mal entendido "ecumenismo" y al deseo de un "diálogo interreligioso" ajeno a cualquier norma de prudencia; hemos considerado conveniente exponer unas breves notas acerca de los riesgos principales que de estas actitudes se pueden derivar para un católico, así como algunos de los puntos doctrinales que éste debe tener claro con relación a unas filosofías y religiones, que en no pocos aspectos muestran unas diferencias esenciales con la fe de la Iglesia. En especial, queremos advertir de la ingenuidad con que muchas personas enfocan los denominados "métodos orientales", considerando equivocadamente que se trata de simples técnicas de respiración y de relajación, sin otras cuestiones de mayor fondo.

~ ~ ~

Hay muchos aspectos y facetas de la oración que se quedan en el tintero; pero dado que lo que aquí se intenta es hacer un mero bosquejo de la misma y de la importancia de la oración para el cristiano, los pasamos por alto. Aspectos como: Las promesas del Señor para aquellos que oran, las tentaciones en la oración, las distracciones en la oración, los enemigos de la oración, las épocas de "sequía" y la importancia de perseverar en la oración, la oración y la imitación de Cristo, la postura más conveniente para orar, el uso de un libro para los que comienzan a orar...

Así pues, hemos levantado nuestro primer pilar. En el próximo apartado comenzaremos a construir el segundo pilar de nuestra vida espiritual: el sacrificio. No olvidemos, que estos pilares habrá que seguir construyéndolos y manteniéndolos durante toda nuestra vida; pues no son pilares estáticos, sino vivos y continuamente cambiantes.

El sacrificio

Otro de los pilares fundamentales de la vida espiritual es el sacrificio. Hay multitud de frases en el Nuevo Testamento que nos confirman la necesidad e importancia del sacrificio en la vida de cualquier cristiano. Mostremos algunas de ellas:

- "Hay demonios que no se echan sino con oración y *sacrificio*" (Mt 17:21).

- El sacrificio no es sino la otra cara del amor. No en vano dijo el Señor: "Nadie demuestra mayor amor que aquél que *da la vida* por sus amigos" (Jn 15:13).
- "*Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere no da fruto, pero si muere da mucho fruto*" (Jn 12:24).
- "El que quiera ser mi discípulo que se niegue a sí mismo, *tome su cruz* cada día y me siga" (Mt 16:24).
- "Porque el *mensaje de la cruz* es necesidad para los que se pierden, pero para los que se salvan, para nosotros, es fuerza de Dios" (1Cor 1:18).
- "¡Que yo nunca me *gloríe más que en la cruz* de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo!" (Gal 6:14)
- "Porque muchos -esos de quienes con frecuencia os hablaba y os hablo ahora llorando- se comportan como *enemigos de la cruz* de Cristo" (Fil 3:18).
- "No os olvidéis de hacer el bien y de compartir lo vuestro, porque Dios se complace en esa clase de *sacrificios*" (Heb 13:16) .
- "También vosotros -como piedras vivas- sois edificados como edificio espiritual para un sacerdocio santo, con el fin de *ofrecer sacrificios espirituales*, agradables a Dios por medio de Jesucristo" (1 Pe 2:5).
- El mismo Dios testimonia el valor del sacrificio y su amor por nosotros a través de la entrega de su propio Hijo: "Porque tanto *amó* Dios al mundo, que *entregó* a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna"(Jn 3:16).

El sentido cristiano del sacrificio y del sufrimiento

El sacrificio cristiano no tiene nada que ver con el masoquismo. Se dice que una persona es masoquista cuando obtiene placer a través del sufrimiento o dolor propios. El sacrificio cristiano tiene su origen en el amor a Cristo, y a nuestros hermanos por amor a Cristo. De este amor es de donde adquiere su significado; de tal modo que un sacrificio sin amor no es propiamente cristiano.

El sacrificio tiene su origen en la necesidad que tiene el cristiano de compartir la vida del Amado (Col 1:24). Es imposible encontrar a Cristo si se huye de la cruz. Hace años oí a alguien decir una frase, que aunque suena bastante cursi, no deja de ser verdadera: "*El que busca a Cristo sin la cruz, se encuentra la cruz sin Cristo*".

El sacrificio por amor, compacta, autentifica y da solidez a las demás virtudes.

En cuanto a las cruces que hemos de cargar, hemos de distinguir tres tipos de cruces: las que Dios nos manda, las que nosotros cogemos voluntariamente y las que tenemos que cargar como consecuencia de nuestros vicios y pecados (Por ejemplo: una persona que contrae una enfermedad pulmonar como consecuencia de fumar). Aunque en realidad no importa mucho cuál sea el origen de la cruz que tengamos que llevar ya que siempre se puede transformar en medio de santificación si se lleva con amor.

Con bastante frecuencia cuando voy a visitar a enfermos que están postrados oigo quejas como éstas: "*si no fuera por este dolor de espaldas que me está matando*", "*lo único que le pido al Señor es que pueda andar*" o cosas parecidas. Precisamente ésa es la cruz que has de cargar. Estoy seguro que esa

persona se seguiría quejando si en lugar de un dolor de espalda, tuviera cáncer, diabetes o estuviera ciega. A veces nos cuesta reconocer, que esas "deficiencias" que tenemos las podemos convertir en instrumentos para demostrarle al Señor cuánto le amamos. Si así lo hacemos ya no diremos "mi espalda me crucifica" sino "mi espalda me santifica".

El ejemplo de los santos

El sacrificio siempre tuvo un valor especial en la vida de todos los santos. No se puede decir que haya habido un santo que no haya compartido de un modo muy especial la cruz de Cristo.

Recuerdo aquella historia que se cuenta de Santa Teresa de Jesús que decía algo así:

Cuando la comitiva llegó a orillas del río se divisaba una inmensa extensión de agua bajo la cual apenas se divisaban los puentes; eran tan estrechos que a la menor desviación o empuje de la corriente, carros, mulas, hermanos, hermanas, criados y Fundadora rodarían hacia el torrente. Pero, ¿no era menester "vivir sin temor de nada, ni de la muerte ni de los acontecimientos de la vida?". Las descalzas, empero, pedían la absolución a los descalzos y la bendición a su Madre. Ella se la dio alegremente.

-¡Ea, mis hijas! ¿Qué más bien queréis que ser aquí mártires por amor de Nuestro Señor?

Su carro se aventuró el primero y ella obligó a sus compañeros y compañeras a que le prometiesen volver a la posada en caso de que se ahogase.

Dios le dijo: ¿Cuándo yo te he faltado? Y no le faltó en medio de los peligros.

Los que estaban en la ribera vieron su carruaje menearse y quedar como colgado sobre la torrentera: la Madre saltó, con el agua hasta las rodillas, pero estaba poco ágil y se lastimó. Como siempre, su lamento fue una invocación a Dios y se quejó:

-Señor entre tantos daños y me viene esto.

La Voz le respondió:

-Teresa, así trato Yo a mis amigos.

-¡Ah, Señor!, por eso tenéis tan pocos.

(Marcelle Auclair, "Vida de Santa Teresa de Jesús" p. 308)

Para esta misma santa, el contemplar el sufrimiento de Cristo era una constante llamada a la conversión y al arrepentimiento:

"Pues ya andaba mi alma cansada y, aunque quería, no le dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaeciome que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allá a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe El con

grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle."

Santa Teresa de Jesús, Vida, 9, 1.

El santo Cura de Ars hacía penitencias que mortificaban su cuerpo para así luchar contra el demonio, salvar a los penitentes y fortalecer su alma.

San Francisco de Asís hizo ayuno durante cuarenta días menos uno porque no quería que la gente lo comparara con Cristo.

San Pedro de Alcántara hacía tanta penitencia que la misma Santa Teresa de Ávila decía de él:

«...Mas era muy viejo cuando le vine a conocer, y tan extrema su flaqueza, que no parecía sino hecho de raíces de árboles. Con toda esta santidad era muy afable, aunque de pocas palabras si no era con preguntarle. En éstas era muy sabroso, porque tenía muy lindo entendimiento», escribe de él Santa Teresa en su Autobiografía (cap. 27).

San Pablo, San Francisco de Asís, Santa Gema Galgani, San Pietro de Pietrelcina, y probablemente muchos más, llevaron en su cuerpo las llagas de Nuestro Señor Jesucristo.

San Juan de la Cruz: El Señor se le apareció con la cruz a cuestas y le dijo: *"Juan, pídemelo lo que quieras"*, el Santo respondió: *"Padecer, Señor, y ser por Vos despreciado"*.

Y así podríamos seguir trayendo miles de ejemplos de la vida de nuestros maravillosos santos.

Beneficios del sacrificio

Un alma sacrificada progresa rápidamente en su vida espiritual. Por el contrario, un alma que huye del sacrificio probablemente abandonará ante los obstáculos normales que la vida suele presentar.

El sacrificio por amor fortalece a la persona, le enseña a vivir la caridad, le ayuda a conocer a los demás, le da una especial sensibilidad para comprender sus problemas, le ayuda a vencer las tentaciones, aplaca la ira de Dios (como en Nínive), le une más profundamente a Cristo y María. Un edificio que tenga como pilares la oración y el sacrificio nunca se hundirá.

Y cuando tengamos que cargar con la cruz recordemos una cosa, nunca estaremos solos, Cristo estará clavado en la suya, y María junto al pie de la misma, muy cerca de Él y de nosotros.

Tipos de sacrificios

Con frecuencia, cuando les explico a los niños de la catequesis que tienen que aprender a sacrificarse, comer de todo... me miran con ojos de asombro y extrañeza. En realidad la palabra "sacrificio" les suena a chino. Y es que en casa los papás se preocupan, debido un amor mal entendido, de que sus hijos no sufran. Si no sufren no serán capaces de aprender a amar. Nada enseña más y más rápido que un sufrimiento aceptado por amor. Se dice que ese niño se ha hecho ya un hombre, a pesar de

tener 8 o 9 años, cuando ha tenido que experimentar en la propia casa la pobreza, la necesidad, la enfermedad..., aunque pueda parecer extraño, suelen ser un regalo de Dios.

El mejor medio de encontrar sacrificios para realizar es buscar en un doble campo: por un lado ver las cosas malas que hemos de evitar, y por otro, las cosas buenas que debemos hacer.

A lo largo del día se presentan miles de ocasiones para poner en práctica nuestra facultad para amar y sacrificarnos. Les traigo ahora un abanico de posibles sacrificios:

- Controlar el sueño, no dejarse llevar por la pereza a la hora de levantarse.
- El uso adecuado de nuestro tiempo libre (cuántas horas se pierden delante del televisor, ordenador, tableta...).
- Tener ordenada la habitación, la mesa de despacho, el armario de la ropa.
- El control de la alimentación, como nos decía San Agustín: comer con la cabeza y no con el estómago.
- Respetar la velocidad permitida en la carretera, en lugar de considerarnos justificados para correr más de la cuenta.
- Arreglar y mantener las cosas que son de uso cotidiano antes de que se rompan (cuántas veces te ha dicho la mujer que arregles la persiana o la taza del wáter que pierde agua...).
- Evitar el chismorreo, la palabra o el comentario fuera de tono que se nos escapa.
- Tener paciencia con todos, especialmente con los ancianos, niños, en el trabajo, con aquel que te cae gordo, con el esposo o la esposa cuando vienen con alguna queja...
- Aceptar y amar a las personas con sus defectos y virtudes, no poniendo mala cara cuando algo no nos gusta de ellos.
- El uso "controlado" del teléfono móvil. No interrumpir una conversación con otra persona cuando nos llega un mensaje de WhatsApp.
- Estar pendiente de las necesidades de los demás.
- Buscar los mil y un modos diferentes de hacer felices a los que nos rodean.
- Comer en familia, aunque eso suponga tener que esperar o "perder" algo de tiempo. No quejarse cuando la comida está fría o no ha salido a tu gusto.

~ ~ ~

Se nos quedan muchas cosas en el tintero, como por ejemplo hablar de la ocasión tan especial que tenemos todos los días de ofrecernos en sacrificio con Cristo cada vez que asistimos a la Santa Misa... Como siempre, no pretendemos en el apartado hacer un tratado sobre el sacrificio, sino simplemente ayudarnos a tomar conciencia de la importancia del sacrificio en el crecimiento de nuestra vida espiritual.

Nuestro edificio está todavía en ciernes, pero no nos preocupemos si todavía no se ve bello, lo que estamos haciendo ahora es muy importante: preparar el terreno, hacer los cimientos, edificar los pilares. Con un poco más de esfuerzo y gracia de Dios, pronto se empezará a ver nuestra construcción y los demás empezarán a pensar: *"por ahí va otro Cristo"*.

Así pues, dejamos este pilar en marcha, para comenzar en el próximo apartado hablando del tercer pilar de nuestro edificio: los sacramentos.

La Eucaristía

Ya hemos visto dos de los cuatro pilares principales de nuestra vida espiritual: la oración y el sacrificio. Hoy estudiaremos los sacramentos, como otro de los pilares básicos de nuestra edificación, y de entre ellos, nos ocuparemos principalmente de la Eucaristía.

Si todas las palabras que están contenidas en las Sagradas Escrituras son verdaderas, pues son palabras reveladas por el Espíritu Santo, hay algunas palabras del mismo Cristo que tienen una realidad especial, palabras como éstas del discurso eucarístico (Jn 6)

- *“Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida”* (Jn 6:55)
- *“El que me come vivirá por mí”* (Jn 6:57)
- *“Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo, el que coma de este pan vivirá eternamente”* (Jn 6: 51)

El valor de los sacramentos en general

Todos los sacramentos son parte esencial en la vida cristiana. Cada uno de nosotros ha de recibir todos y cada uno de los sacramentos de la iniciación cristiana, y luego, aquellos que son propios del estado de vida de cada uno: matrimonio u orden sacerdotal. Para acabar, al final de nuestros días, recibiendo el sacramento que nos preparará para nuestro tránsito final: la unción de los enfermos.

Recordemos, como nos dice el catecismo, que los sacramentos son signos eficaces instituidos por Jesucristo para darnos la gracia.

Hay un sacramento esencial, sin el cual es imposible recibir cualquiera de los demás, y me refiero al bautismo. El bautismo nos perdona el pecado original, nos hace hijos de Dios, nos da al Espíritu Santo y con Él, virtudes infusas, dones..., nos hace miembros de la Iglesia. Ese primer contacto con el mundo de Dios se ratifica y perfecciona posteriormente con el sacramento de la confirmación. La penitencia, del cual ya hablamos, es el medio más importante que tenemos para limpiarnos de nuestros pecados.

Pero el sacramento reina es la Eucaristía. Todos los sacramentos nos dan la gracia, pero la Eucaristía no sólo nos da la gracia sino también nos da al autor de la gracia: nuestro Señor Jesucristo.

El valor espiritual de la Eucaristía

Me resulta difícil creer que siendo la Eucaristía el regalo más valioso que el Señor nos ha dejado, no haya más cristianos preocupados de recibirla con frecuencia. Y es que el esquema de valores del hombre de hoy está bastante lejos del que un buen cristiano debería tener. Hoy día buscamos alegrías más pasajeras y superficiales. Le damos mucha importancia a la salud, al dinero, a no carecer de comodidad alguna. Y en cambio no le damos importancia, o le damos muy poca, a aquellas cosas que en sí mismo tienen mucho más valor; y me refiero a todo lo relacionado con la vida espiritual. Incluso es frecuente que muchas personas que están haciendo sus primeros “pinitos” en la vida espiritual, no lleguen a descubrir el valor de la Eucaristía hasta muy tarde.

Les muestro un experimento -que no lo hago porque suena a sacrilegio- que sería bastante revelador. Yo lo llamaría "*¿Cuánto vale para usted la Eucaristía?*". Y es el siguiente: Imaginemos que a la puerta de la iglesia me pongo a distribuir la Eucaristía a todo aquel que lo desee (ya les he dicho que es una pura prueba imaginaria) y junto a mí se pone una persona a distribuir billetes de 100 €. ¿Quién creen ustedes que tendría más cola? Bien, ya sabemos que la Eucaristía vale para muchos menos de 100 €. Intentemos ponerlo ahora un poco más difícil. Ahora se pone junto a mí una persona distribuyendo billetes de 50 euros. ¿Quién creen ustedes que tendría más cola? Y así podríamos seguir bajando hasta llegar a 5 euros. ¿Creen ustedes que aunque fueran sólo 5 € yo tendría más cola que la otra persona que distribuye billetes? Pues bien, este experimento tan sencillo, aunque costoso, nos daría una idea del valor que tiene la Eucaristía para muchas personas que se llaman "católicos", menos de cinco euros. Eso es muy triste.

Si le damos tan poco valor al tesoro más grande que dispone el hombre, ahora se explica la actitud de muchos ante este sacramento.

No es muy frecuente ver al cristiano realmente preocupado por recibir la Eucaristía.

La gran mayoría, y me refiero a cerca del 80 por ciento, recibe este sacramento en muy pocas ocasiones en su vida: el día de la Primera Comunión, el día del Matrimonio y en alguna que otra ocasión pasajera o circunstancial de su vida. Estos se olvidan que hay un mandamiento de la Santa Madre Iglesia que nos obliga a confesar y comulgar al menos una vez al año, especialmente por el tiempo de Pascua.

Hay otros, que podríamos llamar católicos un poco más fervientes, que intentan confesarme con frecuencia y recibir al Señor en la Eucaristía al menos los domingos y festivos.

Pero hay muy pocos que realmente se hayan dado cuenta que este sacramento es realmente un alimento para el alma, y pudiéndolo recibir todos los días, no se privan de hacerlo salvo alguna causa mayor.

Mi experiencia personal con la Eucaristía

Permítanme que les cuente brevemente mi historia personal con la Eucaristía.

Hice la Primera Comunión cuando tenía poco más de seis años, sabiéndome todo el catecismo y dándome perfecta cuenta de a quién estaba recibiendo. De los seis a los doce años, recuerdo que falté sólo una vez por mi culpa a la Santa Misa (no por virtud personal sino porque mis padres me obligaban), pero en pocas ocasiones recibí la Comunión. A partir de los doce años el Señor puso en mí un deseo ardiente de recibirle todos los días. Yo no sabía por qué, lo único que sabía es que ése ansia sólo se calmaba después de recibirle.

Recuerdo que un día eran las 8 de la tarde, había estado toda la tarde haciendo los deberes del colegio y se me olvidó acercarme a la iglesia a comulgar. Eran poco después de las 8 cuando mi madre me preguntó:

— Lucas, ¿te pasa algo? Te veo raro... ¿Has ido hoy a recibir al Señor?

En ese momento miro el reloj y pienso:

— ¡Dios santo! Las 8:15 pm. Ya llego tarde.

Y en efecto llegué tarde. Acabada la Misa, me acerqué a la sacristía y le pregunté al sacerdote si me podía dar la Comunión porque se me había hecho tarde. Qué cara me vería cuando me dijo sin rechistar:

— No te preocupes, ve a la iglesia y en cinco minutos voy para allá a darte la Comunión.

Todavía no tenía vocación sacerdotal, pero el Señor se valió de ese deseo para ir acercándose a Él y estableciendo conmigo una profunda e íntima amistad.

Puedo decirles que esta ha sido la mayor gracia que he recibido de Dios durante toda mi vida; pues desde esa edad, los doce años, he estado recibiendo la Sagrada Comunión todos los días de mi vida. A decir verdad, falté durante unas dos semanas, cuando estuve haciendo el servicio militar; pero enseguida que descubrí dónde estaba la capilla y hablé con el capellán encargado, él me daba la comunión e incluso en algunos días me decía Misa para mí solo. Desde entonces ya nunca más lo dejé hasta los sesenta años que tengo ahora.

En algunas ocasiones me fue muy difícil acceder a ella, pero nunca le falté a esa cita diaria que tenía con mi Dios. Pienso que si me he preocupado de tenerle a Él todos los días, Él también me concederá, cuando mis días se acaben, no pasar ni un día separado de Él.

A veces me da un poco de miedo decirle al Señor lo que les voy a transcribir ahora a ustedes:

“Señor, me gustaría estar siempre contigo, ahora aquí en la tierra y luego, cuando mis días se acaben, en el cielo, sin tener que pasar por el Purgatorio. Por lo que te pido que si tuviera que pasar un tiempo sin ti en el Purgatorio, me hagas ahora sufrir en esta vida, para que así mi alma se purifique totalmente y luego pueda irme directamente contigo al cielo”.

Es por eso que me cuesta mucho entender cómo un cristiano que dice amar a Jesús, puede pasar un día sin recibirlo. Para mí no hay excusas de tiempo, lejanía e incluso pecado. Cuando he tenido un pecado grave, me he confesado el mismo día para ponerme en paz con mi Dios y luego poderlo recibir. Si un día, como cuando estaba en la mili, tenía que andar diez kilómetros para llegar hasta la iglesia más cercana, lo hacía sin el menor problema. Para mí todo consistía en no quedarme ningún día sin comulgar. Cuando me hice sacerdote, ya fue más fácil, pues celebrando Misa todos los días siempre he tenido la oportunidad de comulgar; pero los treinta primeros años de mi vida, me las tuve que buscar en muchas ocasiones para no perder la cita que tenía con Jesús.

Para mí la Comunión es la parte central del día. La Comunión es el culmen de nuestra participación en la Misa; pues si en la Misa Cristo muere, y nosotros con Él; a través de la Comunión, Cristo nos da la “nueva vida”; una vida que no es otra sino la suya misma. De modo que ya no soy yo el que vive sino Cristo en mí (Gal 2:20)

Efectos de la Eucaristía sobre nuestra alma

- Le da la vida de Cristo (Jn 6:57)

- La fortalece frente a las pruebas y tentaciones.
- Es anticipo de la vida eterna.
- Nos une profundamente a Cristo.
- Aumenta en nosotros la santidad, las virtudes y el deseo de hacer obras buenas.
- Nos da fuerzas para perseverar en la oración y en seguir a Cristo.
- Nos ayuda a entender mejor los caminos de Cristo y aceptar con humildad y amor las cruces que tengamos que llevar en esta vida.

Condiciones para recibir a Jesús en la Eucaristía

Como el catecismo nos dice, son tres las condiciones que hay que cumplir para recibir a Jesús: estar en gracia de Dios, guardar una hora de ayuno eucarístico y saber a quién recibimos.

Se supone que si hemos hecho la Primera Comunión y hemos recibido la catequesis adecuada, ya sabemos a quién recibimos cuando nos acercamos a comulgar. Ahora bien, no podemos olvidar que debemos cumplir también las otras dos condiciones: estar en gracia de Dios y guardar el ayuno eucarístico.

Es un pecado de sacrilegio recibir la Eucaristía si no estamos en gracia de Dios. San Pablo dijo (1 Cor 11:29): *“El que come y bebe indignamente el cuerpo y la sangre de Jesucristo, como y bebe su propia condenación”*. Sé de personas que sólo asisten a mis iglesias. En ocasiones faltan a la Misa dominical, pero al domingo siguiente están en la cola para recibir la Comunión como si no hubiera pasado nada. Yo les tengo que dar la Comunión, pues no sé si faltaron por imposibilidad o por su propia culpa; es más puede incluso que hubieran ido a confesarse a algún otro lugar. De todos modos, el sacerdote no puede emitir un juicio, y salvo que sea un pecador público, ha de dar la comunión a la persona, pero si esa persona estuviera recibiendo la comunión en pecado mortal estaría cometiendo un gravísimo sacrilegio.

Y la tercera condición es guardar una hora de ayuno eucarístico. Es decir, una hora previa a recibir la Sagrada Comunión no podemos comer ni beber nada (el agua no rompe el ayuno). Los más mayores recordarán que antiguamente eran doce horas, luego se pasó a tres, y ahora sólo una. Y a veces, no somos capaces ni de guardar una hora de ayuno. En ocasiones se ve en la Iglesia a personas masticando “chiclé” y luego van tan campantes a recibir la Comunión.

El modo más adecuado para recibir la Eucaristía

Aunque la Iglesia autorizó a recibir la Sagrada Comunión en la mano y de pie, el modo más adecuado es recibir al Señor de rodillas y en la boca. La razón es muy sencilla.

Recibimos la Comunión de rodillas porque en la Eucaristía está realmente presente nuestro Señor Jesucristo, que por ser Dios, merece recibir culto de adoración (Mt 4:10, Ex 20: 3, Fil 2:10). Y recibimos la Comunión en la boca, y no en la mano, porque sólo las manos del sacerdote (y del diácono) están consagradas para poder tocar la Sagrada Hostia.

Aunque recibir la Comunión de pie y en la mano está permitido por la Iglesia, se ha visto que el uso de esta costumbre ha conducido a muchos, a disminuir su fe en la Presencia Real de Jesucristo en la Eucaristía y como consecuencia, de respeto a la misma.

Los santos y la Eucaristía

Todos los santos han destacado por un inmenso amor a la Eucaristía. Veamos algunas de sus frases:

- **San Agustín:** "Teniendo, pues, vida en Él, formáis un solo cuerpo con Él, porque este Sacramento nos recuerda de tal modo el cuerpo de Cristo, que nos une con Él". Y también de este santo: "Ved, pues, hermanos, que si los que sois creyentes os separáis del cuerpo del Señor, es de temer que vayáis a morir de hambre, pues Él dijo: *'el que no come mi carne ni bebe mi sangre, no tendrá en sí vida'* [Jn 6:54]. Si os separáis, pues, y no coméis el cuerpo y la sangre del Señor, es de temer que muráis; pero si lo recibís indignamente y lo bebéis indignamente, es de temer que os condenéis" [1Cor 11:29]
- **San Bernardo:** «Es preciso todavía que coma el Cordero pascual, pues si no como su carne ni bebo su sangre, no tendré la vida en mí... Su carne es verdadera comida, y su sangre verdadera bebida. Es el pan de Dios mismo, que ha descendido del cielo y da vida al mundo» (Contra P. Abelardo 9,25). Y también de él: «El Sacramento del cuerpo del Señor y de su sangre preciosa obra dos efectos en nosotros: disminuye la concupiscencia en las tentaciones leves y evita enteramente el consentimiento en las graves. Si alguno de vosotros ya no siente tantas veces, o no con tanta fuerza, los movimientos de la ira, envidia, lujuria y demás pasiones, dé las gracias al cuerpo y sangre del Señor, porque la virtud del Sacramento obra en él, y alégrese de que la úlcera pésima se va sanando» (Cena Señor 1,3).
- **San Francisco de Asís:** "Ardía en fervor, que le penetraba hasta la médula, para con el sacramento del cuerpo del Señor, admirando locamente su preciosa condescendencia y su condescendiente caridad. Juzgaba notable desprecio no oír cada día, a lo menos, una misa, pudiendo oírla. Comulgaba con frecuencia y con devoción tal, como para infundirla también a los demás. Como tenía en gran reverencia lo que es digno de toda reverencia, ofrecía el sacrificio de todos los miembros, y al recibir al Cordero inmolado inmolaba también el alma en el fuego que le ardía de continuo en el altar del corazón". (Tomás de Celano)
- **San Pascual Bailón:** Su amor constante y ferviente a Jesús en el Santísimo Sacramento, lo llevaban a buscar momentos durante la jornada para estarse en la capilla, de rodillas con los brazos en cruz adorando al Señor en su presencia eucarística. También por las noches pasaba horas y horas ante el Santísimo Sacramento. Cuando los demás se iban a dormir, él se quedaba rezando ante el altar. Y por la madrugada, varias horas antes de que los demás religiosos llegaran a la capilla a orar, ya estaba allí el hermano Pascual adorando a Nuestro Señor. Y también de este santo se cuenta que estando un día trabajando con otros hermanos en el huerto, de pronto lo vieron caminando por el aire. Los hermanos le preguntaron: ¿Pascual adónde vas? Y él, camino de la capilla respondió: *"A donde me lleva mi corazón"*.
- **Santa Teresa de Jesús:** «Si cuando andaba [Jesús] en el mundo, de sólo tocar sus ropas sanaban los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros estando dentro de mí, si tenemos fe, y nos dará lo que le pidiéramos, pues está en nuestra casa? Y no suele Su Majestad pagar mal la posada si le hacen buen hospedaje» (Cam. Perf-E 61,5).

Y así podríamos seguir enumerando multitud de episodios de los santos y su amor a la Eucaristía.

~ ~ ~

Como siempre, se nos quedan muchas cosas en el tintero, pues no hemos hablado de la Eucaristía como devoción, del valor reparador y purificador de la Eucaristía, el cristiano es un "sagrario" de Cristo, la Eucaristía recibida bajo las dos especies, la relación de la Eucaristía y la Cruz, los ministros extraordinarios de la Eucaristía. Tampoco hemos hablado de las herejías eucarísticas más comunes: las que niegan la transustanciación, las que afirman la transignificación o la impanación etc...

Dejamos así construyéndose este tercer pilar, uno de los más importantes de nuestra vida espiritual. Si la Sagrada Comunión es el alimento del alma, es imposible llevar una vida espiritual seria y sólida sin recibir frecuentemente este sacramento.

En el apartado que viene hablaremos del cuarto pilar que serán las virtudes esenciales en una vida espiritual. Y en el siguiente añadiremos un quinto y último pilar: la devoción a la Virgen María y a los santos; para luego comenzar a cerrar la estructura haciendo el suelo, pisos, tejado, paredes, ventanas... De este modo, poco a poco iremos levantando nuestro edificio. Todavía no se ve mucho. Durante estos apartados previos y los dos siguientes hemos estado haciendo lo más importante, crear una estructura espiritual sólida.

Las virtudes

Tenemos ya tres pilares que se están levantando en nuestro edificio espiritual: la oración, el sacrificio y la Eucaristía. Comenzamos hoy a levantar el penúltimo: las virtudes. De este modo, en el próximo apartado acabaremos, si Dios quiere, con el último pilar: la devoción a María y a los santos.

No podemos hablar de todas las virtudes, pues nos llevaría mucho tiempo; es por ello que hablaremos de las dos virtudes más importantes y necesarias para nuestra edificación, y me refiero a la pobreza y a la humildad. Ustedes me preguntarán extrañados: ¿Y dónde está la caridad? No, no crean que se me ha olvidado. Ya sé que la caridad es la virtud reina; pero la caridad más que un pilar de nuestro edificio será "la correa" que rodee y una todo el basamento. La caridad es la virtud que "alimenta" la oración, el sacrificio, la Eucaristía, las virtudes y devociones. Como nos decía San Pablo en su primera carta a los Corintios: *"Si no tienes caridad eres como bronce que suena o címbalo que retiñe"* (1 Cor 13:1). De ella hablaremos más adelante.

La virtud de la pobreza

Cuando se habla de esta virtud es muy fácil no llegar a profundizar en su auténtico significado. Hay muchas personas que reducen la pobreza al hecho de no tener nada material. Para otros, pobreza es sinónimo de miseria, descuido o dejadez. La auténtica virtud cristiana de la pobreza no tiene nada que ver con eso.

No olvidemos que Cristo pone la pobreza como la primera de las Bienaventuranzas: *"Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos"* (Mt 5:3). Por lo que la pobreza

entendida según Cristo, no puede ser nada malo; es más, es necesaria para ser sus discípulos y llegar a la santidad.

Sinónimos de pobreza evangélica son desprendimiento, renuncia, entrega, darlo todo...

Fue la primera condición que Cristo puso a los que quisieran seguirle: *"El que quiera ser mi discípulo niéguese a sí mismo, coja su cruz y me siga... Porque ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida?"* (Mc 8:34.36). Jesús dio ejemplo con su propia vida de cómo debíamos vivir esta virtud; pues Jesús "siendo rico, se hizo pobre por amor" (2 Cor 8:9). Renunciar a todo tiene sentido cuando se hace por amor.

La virtud de la pobreza, tal como Cristo la entiende, es esencial y primaria para cualquiera que desee crecer en su vida espiritual. San Juan de la Cruz nos pone un ejemplo sencillo pero muy gráfico donde nos habla de la importancia de esta virtud. *"Imaginaos un águila que está atada por una pata a una roca en lo alto de un cerro, lo mismo da que la cuerda sea gruesa o delgada, si desea volar tendrá que romper la cuerda"*. La virtud de la pobreza lo que hace es ayudarnos a romper con todas las "ataduras" que no nos dejan volar.

La pobreza no sólo se refiere al desprendimiento de las cosas materiales sino también, y en general, a todo aquello que nos pertenece, ya sea material, espiritual, tiempo, modo de vivir, propia opinión... Renunciar a todo ello es el primer paso para que luego Dios "nos llene" con su gracia.

El evangelio nos dice que aquél que encontró un tesoro en medio del campo tuvo que venderlo todo para poderlo comprar. Si queremos que Jesús sea nuestro tesoro tendremos que renunciar a todo (Mt 13:44).

La verdadera pobreza es como la verdadera humildad: escondida, no gusta de publicidad ni de propaganda. El hombre pobre puede vestir lujosamente o con harapos; es su corazón el que está libre de toda atadura.

Hay una pobreza franciscana, en la que se abandona todo, incluso las cosas materiales, para depender hasta en el sustento diario de la providencia de Dios. Y también hay una pobreza del hombre casado, el cual usa de las cosas materiales para cuidar de su familia, realizar su trabajo..., pero nunca se siente atrapado por ellas, sino que su corazón está libre para volar a Dios. La pobreza no consiste tanto en "no tener nada" cuanto en **"no estar apegado a nada"**. Ambas pobrezas, la franciscana y la del casado, son "extremos opuestos" pero ambas son auténtica pobreza cristiana. En una, la franciscana, no se tiene ni para el sustento diario; en la otra, se dispone de lo que se necesita para vivir y algún pequeño extra, pero uno nunca vive atado a ello.

El que es verdaderamente pobre no está atado a nada. Lo que tiene, lo pone a disposición de los demás; y lo que no tiene, lo consigue para entregarlo. No se queda nada para sí mismo, ni se aprovecha de nada para beneficio propio. Algo similar a lo que le ocurrió a Jesucristo. Recordemos que en el episodio de las tentaciones en el desierto, Jesús pasó hambre, podía haber convertido las piedras en pan, como le proponía el demonio, pero nunca se valió de su poder para beneficio propio (Mt 4: 3-4). El que es pobre, podrá tener una maravillosa mansión, pero él dormirá en el suelo.

Los auténticos pobres, por ser pobres, son los más ricos de todos, pues es entonces cuando se hacen *"dueños de Dios"*. Ya lo decía San Francisco de Asís: *"Mi Dios y mi todo"*. Únicamente tienen a Dios,

pero es que *“solo Dios basta”*. Pueden decir “Dios mío” de verdad, pues Dios les “pertenece”, y es por ello que pueden conseguir de Dios lo que quieran: “pedid y se os dará” (Mt 7:7)

La virtud de la humildad

La segunda virtud de nuestro pilar que estamos edificando hoy es la virtud de la humildad. De hecho, pobreza y humildad suelen viajar juntas.

La verdadera virtud de la humildad es bastante desconocida por los hombres, incluso por aquél que la posee. Lo último que pensaría una persona humilde es que realmente lo es.

Hace años un niño bastante agudo le preguntaba a un sacerdote amigo mío que estaba precisamente hablando de esta virtud.

— Padre, ¿cómo clasificaría usted a las personas según la virtud de la humildad?

Y este sacerdote le respondía:

— Están los que se creen humildes pero no lo son, y luego están los no se creen humildes y lo son.

Y entonces el niño le preguntó:

— Padre, y usted ¿a qué grupo pertenece?

El citado sacerdote, viéndose pillado por la agudeza del niño tuvo que inventarse un tercer grupo:

— Yo soy de los que “ni lo son ni se lo creen”.

Y es que el humilde nunca se puede imaginar que lo es; más bien todo lo contrario.

Humilde es aquél que pone primero a Dios, luego a los demás por amor a Dios, y para sí mismo no dedica ningún tiempo pues le parece que es una pérdida.

El humilde es aquél que no se extraña cuando los demás le critican o acusan, pues él mismo es el primero que piensa que se quedan cortos. Recuerdo lo que le ocurrió al santo Cura de Ars, cuando sus sacerdotes vecinos, viendo que el santo cura “les robaba” sus feligreses firmaron una carta acusándole de incompetente, inútil... Por casualidad esa carta llegó a sus manos y dijo: *“dejadme que yo también la firme, aunque en realidad habría que añadir algunas cosas más”*.

La persona que es realmente humilde nunca piensa que los demás no le consideran, ni escuchan, ni le prestan su atención o tiempo; más bien pensaría que si lo hicieran estarían perdiendo el tiempo.

El humilde no se extraña cuando descubre defectos en sí mismo. Siempre piensa que esa falta que ha encontrado es sólo la punta del iceberg del mal que todavía alberga su corazón.

La persona humilde pasa desapercibida; no le gusta llamar la atención ni para lo bueno ni para lo malo; y cuando en alguna ocasión aparece encumbrada en el candelero, ya se preocupa él de desaparecer cuanto antes o de desviar la atención sobre otra persona.

El humilde sabe estar en su puesto cuando por razón alguna es encaramado por la sociedad, el trabajo o la vocación, y nunca se cree que sea por sus propios méritos.

La persona que es realmente humilde es feliz con lo poco o lo mucho que tiene. En realidad ha aprendido a valerse de lo que tiene y de lo que no tiene; de lo que es y de lo que le falta para acercarse a Dios.

Dios ensalza al que es humilde (*"El que se humilla será ensalzado"* Lc 14:11); a veces, incluso aquí en la tierra. En cambio el hombre raramente sabe reconocer que tiene un santo a lado. En realidad, un santo sólo es reconocido por otro santo; pues sólo los que son limpios de corazón son los capaces de ver la verdad que hay en el corazón de los demás.

Es muy difícil engañar al que es realmente humilde, pues éste es capaz de distinguir claramente entre la virtud real y la fingida.

La humildad es imposible de falsificar, aunque hay muchos que lo intentan.

El que es humilde sabe hablar con claridad; y callar, cuando sea necesario (*"¿Acaso tú eres rey?"* (Jn 18:37)

El humilde es también prudente, pues nunca confía en sí mismo. El humilde vive la templanza, pues no se cree suficientemente fuerte para ponerse en peligro de pecar.

La persona humilde, puede que tenga muchos títulos, pero nunca los usará en beneficio propio, ni se creerá que se los han dado porque se lo merece.

El que es humilde sabe retirarse cuando los demás le dan de lado; e incluso en esa situación cree que molesta.

El humilde, porque ama la verdad, nunca oculta lo que es, pero tampoco lo manifiesta para recibir aplausos.

La persona que es humilde reconoce los dones que Dios le ha dado, aunque nunca los atribuye a su propio mérito, sino a la bondad de Dios. Santa Teresa de Jesús decía: *"lo bueno que hay en mí, procede de Dios; lo malo, eso sí que es realmente mío"*. El que es verdaderamente humilde se alegra, y se enrojece, cuando los demás le alaban; y esto es porque está totalmente convencido de que todo lo bueno que hay en él procede de Dios.

Una de las cosas más difíciles de aprender en esta vida es saber cuál es el lugar que uno ha de ocupar en la sociedad, entre los suyos, en su trabajo. Sólo el que es humilde nunca cae en depresión cuando los demás no le valoran o no le dan un trabajo para el cual él está perfectamente capacitado. El humilde, sencillamente confía en Dios; y sabe que Dios le pondrá en el lugar donde sea más necesario.

Concluyendo

Sin faltan estas dos virtudes es imposible levantar un buen edificio; aunque si una persona ora, se sacrifica y recibe al Señor con frecuencia, tenga por seguro que Dios le encaminará para que vaya

adquiriendo estas virtudes también. Lo único que hay que hacer es dejar que Dios actúe, dejarle las manos libres; en una palabra, ser dóciles a las inspiraciones del Espíritu.

Aprender a orar o sacrificarse, recibir la Eucaristía -pilares esenciales de nuestra vida espiritual- es relativamente sencillo; pero crecer en humildad y pobreza requiere una vida llena de entrega, amor, silencio y sacrificio.

Tanto el humilde como el pobre son personas encantadoras, pues su trato es humano (porque son sencillos) y divino (porque son santos). Tanto el humilde como el pobre brillan como luminarias en medio de la Iglesia, aunque ellos prefieren mantenerse en el anonimato. *"Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos"* (Mt 5:16). Y es que todo lo hacen para gloria de Dios.

Tanto verdadera la humildad como la auténtica pobreza actúan como imanes, pues atraen a las demás virtudes. Una persona humilde es al mismo tiempo amante de la verdad, de la belleza, nunca es engreído ni soberbio, sabe darle la razón a quien la tiene y nunca se enorgullece cuando es él mismo el que está en la verdad. Una persona que es realmente pobre, atrae "riquezas", aunque siempre son para los demás.

De todas las virtudes, la más importante es la caridad, pero las más bellas y atraentes: la humildad y la pobreza.

La Virgen y los Santos

Durante un tiempo estuve pensando si incluir la devoción a la Virgen María y a los santos como pilares de nuestro edificio espiritual o más bien como una de la "habitaciones" que habían de formar parte de él. Al final, dada la importancia que siempre se le ha dado en la Iglesia desde sus comienzos a estas devociones, me decidí por ponerlo como un pilar más. La Iglesia siempre consideró que era prácticamente imposible vivir una sólida vida espiritual si la devoción y el cariño a la Virgen y a los santos no estaban presentes.

Las tres clases de culto que ha de dar el hombre

Santo Tomás de Aquino explica que la devoción que se tiene a la Virgen y a los santos no termina en ellos, sino que en última instancia se dirige a Dios, en cuanto que en sus santos veneramos en realidad a Dios que los ha llenado de gracia y santidad

La Iglesia católica distingue claramente tres clases de cultos: el de latría o de adoración, el de dulía o de veneración, y el de hiperdulía (veneración llevada al máximo).

- **El culto de latría (adoración):** Es exclusivo de Dios. Sólo Dios puede ser adorado. El mismo Cristo nos lo dijo: *"Adorarás al Señor tu Dios y sólo a El darás culto"*.

- **El culto de dulía (veneración):** Es el propio debido a los santos, personas que por su probada heroicidad en el ejercicio de las virtudes cristianas la Iglesia nos los pone como ejemplo a seguir subiéndolos a los altares.
- **El culto de hiperdulía:** Es exclusivo de la Virgen María y nace como una necesidad de poner el culto a la Santísima Virgen en un lugar privilegiado, por encima del debido a los santos en general, pero sin llegar a ser de latría o adoración.

La devoción y el culto a la Virgen María

El culto y la devoción a la Virgen es muy antiguo en la Iglesia. Surge de la realidad de su maternidad divina y del papel que Cristo le reservó en nuestra salvación. La Virgen es Madre de Dios y Madre nuestra. En este sentido el culto mariano, ha tenido siempre una clara dimensión cristológica. Por otra parte, la Virgen está presente en el culto de la Iglesia primitiva, como lo manifiesta su inserción en alguna anáfora eucarística que ha llegado hasta nosotros, en algunas fórmulas bautismales e incluso en himnos antiguos. Lo mismo puede deducirse de la existencia de algunos edificios culturales dedicados a María ya antes del siglo IV, en Palestina y en Alejandría, de las pinturas murales que se encuentran en las catacumbas, o de la célebre oración "*Sub tuum praesidium*", que se encontró en un antiguo papiro egipcio, y que suele datarse a finales del siglo III.

San José María Escrivá de Balaguer, en su libro "Camino", habla con sencillez al tiempo que con profundidad de cómo ha de ser nuestra devoción a la Virgen María. Aquí les dejamos algunos de ellos.

492 El amor a nuestra Madre será soplo que encienda en lumbre viva las brasas de virtudes que están ocultas en el rescoldo de tu tibieza.

493 Ama a la Señora. Y Ella te obtendrá gracia abundante para vencer en esta lucha cotidiana. —Y no servirán de nada al maldito esas cosas perversas, que suben y suben, hirviendo dentro de ti, hasta querer anegar con su podredumbre bienoliente los grandes ideales, los mandatos sublimes que Cristo mismo ha puesto en tu corazón. —"Serviam!"

495 A Jesús siempre se va y se "vuelve" por María.

496 ¡Cómo gusta a los hombres que les recuerden su parentesco con personajes de la literatura, de la política, de la milicia, de la Iglesia!...

- Canta ante la Virgen Inmaculada, recordándole: Dios te salve, María, hija de Dios Padre: Dios te salve, María, Madre de Dios Hijo: Dios te salve, María, Esposa de Dios Espíritu Santo... ¡Más que tú, sólo Dios!

497 Di: Madre mía —tuya, porque eres suyo por muchos títulos—, que tu amor me ate a la Cruz de tu Hijo: que no me falte la Fe, ni la valentía, ni la audacia, para cumplir la voluntad de nuestro Jesús.

498 Todos los pecados de tu vida parece como si se pusieran de pie. —No desconfíes. —Por el contrario, llama a tu Madre Santa María, con fe y abandono de niño. Ella traerá el sosiego a tu alma.

500 Lleva sobre tu pecho el santo escapulario del Carmen. —Pocas devociones —hay muchas y muy buenas devociones marianas— tienen tanto arraigo entre los fieles, y tantas bendiciones de los Pontífices. —Además ¡es tan maternal ese privilegio sabatino!

502 María, Maestra de oración. Mira cómo pide a su Hijo, en Caná. Y cómo insiste, sin desanimarse, con perseverancia. Y cómo logra. Aprende.

506 La Virgen Dolorosa. Cuando la contemples, ve su Corazón: es una Madre con dos hijos, frente a frente: El... y tú.

508 Admira la reciedumbre de Santa María: al pie de la Cruz, con el mayor dolor humano —no hay dolor como su dolor—, llena de fortaleza. Y pídele de esa reciedumbre, para que sepas también estar junto a la Cruz.

510 ¿Veis con qué sencillez? —"Ecce ancilla!..." —Y el Verbo se hizo carne. Así obraron los santos: sin espectáculo. Si lo hubo, fue a pesar de ellos.

512 ¡Oh Madre, Madre!: con esa palabra tuya —"fiat"— nos has hecho hermanos de Dios y herederos de su gloria. ¡Bendita seas!

513 Antes, solo, no podías... —Ahora, has acudido a la Señora, y, con Ella, ¡qué fácil!

Similitud con el cariño a nuestra madre de la tierra

La devoción a la Virgen se parece mucho al cariño a nuestra madre de la tierra. Si no se ha conocido a la madre de pequeño, luego es mucho más difícil amarla de mayor. Lo mismo ocurre con el cariño a la Virgen. Ella ocupará el lugar de nuestra "madre de cielo" cuando de pequeño se haya aprendido a amarle. En cambio si no se ha aprendido a querer a la Virgen de pequeño, luego de mayor costará mucho más. Esta afirmación la sé por experiencia propia cuando he intentado enseñar esta devoción a conversos al catolicismo que vienen de confesiones protestantes.

Las oraciones y devociones más comunes a la Virgen María

Avemaría, Salve, Acordaos, Bendita sea tu pureza, Bajo tu amparo, Ofrecimiento, Angelus, Regina Coeli, Magnificat. El Escapulario de la Virgen del Carmen. Romerías y peregrinaciones marianas. Visitas a los santuarios dedicados a la Virgen María.

También son famosas las oraciones a la Virgen María compuestas por los santos: San Alfonso M^a Ligorio, San Bernardo, San Anselmo, San Luis Gonzaga, Santo Tomás de Aquino, San Atanasio, San Ildefonso de Toledo.

Los frutos de la devoción a la Santísima Virgen

Quienes la honran obtienen una mayor benevolencia de parte de María. Ella, por su gran poder de intercesión, consigue mayores gracias de Dios para que vivan mejor su vida cristiana, conduciéndolos hasta las cimas de la santidad.

A los pecadores, que junto con el deseo de enmendarse la honran y se ponen bajo su protección, les alcanza la gracia de la conversión y no dejará de socorrerlos y de conducirlos a Dios.

A quienes la invocan confiada y perseverantemente, María puede alcanzarles la gracia de la perseverancia final, don inestimable, como lo llama San Agustín. Y, por eso, le pedimos en el Ave María: *"ruega por nosotros... en la hora de nuestra muerte"*.

Finalmente, si tenemos en cuenta que la devoción a María se deriva de la fe en la Encarnación redentora, a mayor fe, mayor devoción y, en consecuencia, se confirman en la Iglesia los fundamentos de la fe y se desvanecen las herejías.

Veneración de los santos

Los primeros santos venerados fueron los discípulos de Jesús. Más tarde también se incluyó a los confesores, las vírgenes y otros cristianos que demostraron amor y fidelidad a Cristo y a su Iglesia y vivieron con virtud heroica.

Con el tiempo creció el número de los reconocidos como santos y se dieron abusos y exageraciones, por lo que la Iglesia instituyó un proceso para estudiar cuidadosamente la santidad. Este proceso, que culmina con la "canonización", es guiado por el Espíritu Santo según la promesa de Jesucristo a la Iglesia de guiarla siempre (Jn 14:26, Mt 16:18). Sólo se consideran para canonización unos pocos que han vivido la santidad en grado heroico. La canonización es para el bien de nosotros en la tierra y en nada beneficia a los santos que ya gozan de la visión beatífica (ven a Dios cara a cara).

La devoción a los santos es una expresión de la doctrina de la Comunión de los Santos que enseña que la muerte no rompe los lazos que unen a los cristianos en Cristo. Los protestantes rechazaron la devoción a los santos por no comprender la doctrina de la comunión de los santos. El Concilio de Trento reafirmó la doctrina católica.

En virtud de que los santos están en Cristo y gozan de sus bienes espirituales pueden interceder por nosotros. La intercesión nunca reemplaza la oración directa a Dios, quien puede conceder nuestros ruegos sin la mediación de los santos. Pero, como Padre, se complace en que sus hijos se ayuden unos a otros.

Los santos son modelos de virtudes es por ello que los debemos imitar. Ellos nos enseñan a interpretar el Evangelio evitando así acomodarlo a nuestra mediocridad y a las desviaciones de la cultura. Al venerar a los santos damos gloria a Dios de quien proceden todas las gracias.

Ahora bien, no se puede dar culto público a una persona que no ha sido reconocida todavía por la Iglesia como santo. El canon 1187 nos dice que sólo es lícito venerar con culto público a aquellos

siervos de Dios que hayan sido incluidos por la autoridad de la Iglesia en el catálogo de los Santos o de los Beatos.

¿Podemos venerar las reliquias de los santos?

Si, podemos y debemos venerar las reliquias de los Santos porque sus cuerpos fueron templo del Espíritu Santo y han de resucitar gloriosos.

Reliquias, del latín "reliquiae" (restos), es todo lo que queda del cuerpo de los santos. En un sentido más amplio, se da también el nombre de reliquias a los objetos que le pertenecieron o estuvieron en contacto con su cuerpo, como lienzos, flores, etc.

La Iglesia reconoce tres clases de reliquias:

- Las de primera clase, que son los restos de cualquier parte del cuerpo.
- Las de segunda clase, que son las pertenencias de los santos, tales como sus vestimentas.
- Las de tercera clase, que son objetos que con fe y piedad tocaron las reliquias de primera o segunda clase.

Además, las reliquias de primera clase se subdividen en tres: insignes, notables y mínimas, según su importancia. Para evitar errores y abusos en la exposición y veneración de reliquias, los relicarios o urnas que las contienen, deben estar sellados con el sello de la autoridad eclesiástica competente, y acompañados del documento que certifique su autenticidad.

¿Podemos adorar la Santa Cruz y honrar las imágenes de Jesucristo, de la Santísima Virgen y de los Santos?

Ciertamente, porque nuestros homenajes no se dirigen a los objetos, sino a las personas que representan. Estas imágenes, ya sean cuadros, estatuas o medallas, sirven para fijar nuestra atención y avivar el recuerdo de lo que representan.

¿De qué modo debemos honrar a los Ángeles y Santos?

Debemos honrarlos celebrando sus fiestas con devoción, invocándolos en nuestras necesidades e imitando sus virtudes. La Iglesia ha establecido las fiestas de los santos para fomentar nuestra devoción hacia ellos y las ha distribuido a lo largo del año, proclamando cada día en sus oficios, o en el Martirologio, los nombres y las virtudes de sus héroes de todas las épocas.

Además es conveniente prepararnos a las festividades de los santos de nuestra particular devoción, con una novena y la recepción de los santos sacramentos. Debemos también honrar con culto especial a nuestros santos patronos de bautismo, a los de nuestra familia, parroquia, nación y también a los de nuestro estado o profesión.

Procurar tener en nuestra casa un crucifijo, una imagen de la Santísima Virgen y de algún otro santo de nuestra particular devoción. Aficionarnos a la lectura de la vida de los santos y de sus obras es un buen medio de honrar su memoria y adelantar en la virtud.

El efecto negativo de la multiplicación de los santos en los últimos años

Desde hace aproximadamente unos cuarenta años el número de santos canonizados se ha multiplicado enormemente, con la buena intención quizá de que los santos fueran más cercanos al pueblo y abundantes, pero el resultado final ha sido el totalmente opuesto. La profunda devoción popular que había antiguamente se ha perdido en las nuevas generaciones. Por supuesto que ello se ha producido por multitud de razones, pero una de ellas ha sido precisamente esa multiplicación de santos. Como si se tratara de la ley de la oferta y la demanda, al haber aumentado la oferta se ha depreciado el valor del "producto". El resultado final ha sido que la devoción a los santos ha disminuido tremendamente.

El proceso de canonización era tremendamente escrupuloso y sólo se hacía después de un concienzudo estudio del candidato. Este proceso se ha simplificado tanto, que prácticamente ahora cualquier buena persona con bastante dinero podría ser canonizado (exagerando bastante)

No es este el lugar para hacer un estudio de las condiciones para declarar a una persona santa, por lo que, si están interesados, les dejo un archivo con todos los detalles ([click aquí](#)). Ahora, sólo enumeraremos los apartados a tener en cuenta en el proceso:

- 1) Fase prejurídica.
- 2) Fase informativa.
- 3) Juicio de ortodoxia.
- 4) Fase romana.
- 5) Sección histórica
- 6) Examen del cadáver.
- 7) Procesos de milagros.
- 8) Beatificación.
- 9) Canonización.

En la práctica, el proceso de canonización involucra una gran variedad de procedimientos, destrezas y participantes: promoción por parte de quienes consideran santo al candidato; tribunales de investigación de parte del obispo o de los obispos locales; procedimientos administrativos por parte de los funcionarios de la congregación; estudios y análisis por asesores expertos; disputas entre el promotor de la fe (el "abogado del diablo") y el abogado de la causa; consultas con los cardenales de la congregación. Pero, en todo momento, únicamente las decisiones del Papa tienen fuerza de obligación; él sólo posee el poder de declarar a un candidato merecedor de beatificación o canonización.

~ ~ ~

Con esto acabamos de esbozar este último pilar, para el próximo capítulo, hablar la virtud de la caridad. La virtud de la caridad hará de "cemento de unión" o correa que reforzará toda la estructura: cimientos y pilares. Como siempre, muchas cosas se quedan en el tintero: María como corredentora y mediadora de la gracia, la actitud de los protestantes frente al culto católico a la Virgen y los Santos, la vulgarización de las fiestas de los santos patronos que han perdido el sentido cristiano para transformarse en puro folclore...

La caridad

Hablaremos, en este apartado, de esta virtud como “cemento de unión” o correa que rodea y está presente en todo el edificio espiritual, ya sean los pilares, el suelo, las paredes, el tejado. Y es que la caridad, entendida en sentido propio y auténtico es la virtud reina de nuestra vida espiritual. Ella “impregna” todo nuestro edificio. La caridad da vida a todas las demás virtudes, pues es necesaria para que éstas se dirijan a Dios. Sin la caridad, las demás virtudes están como muertas.

Significados erróneos o imprecisos del término “caridad”

En muchas ocasiones se usa el término caridad como sinónimo de “ayudar a una persona dándole comida, dinero, ropa”. O se oye a alguien pobre en la puerta de una iglesia decir: “Por caridad ¿me puede dar una moneda?” Esto ha hecho que se simplifique y reduzca el concepto caridad al hecho de prestar ayuda a alguien. La virtud de la caridad es mucho más que eso. En el fondo todos estos modos de hablar no son sino un “reduccionismo” de uno de los términos más ricos de nuestra religión. Propiamente dicho, hablar de caridad es lo mismo que hablar del amor de Dios.

Hoy día, el término caridad prácticamente se ha eliminado del vocabulario de la gran mayoría de personas, especialmente políticos e incluso hombres de Iglesia. Dado que la sociedad actual desea eliminar todo aquello que suene a cristiano, está intentando por todos los medios borrar del diccionario hasta los términos que puedan recordar a la fe. La palabra “caridad” suena muy “sagrada”, “religiosa”. Ahora se prefiera un término que ha sido desprovisto de cualquier sentido religioso y que se llama “solidaridad”. Ahora bien, que un mundo incrédulo y ateo lo use, parecería normal; pero que sea la misma iglesia la que prefiera hablar de “solidaridad” en lugar de “caridad” se hace ya bastante sospechoso.

El auténtico significado del término “caridad”

La caridad es una virtud teologal, junto con la fe y la esperanza; pero así como la fe y la esperanza desaparecerán en la vida futura (1 Cor 13:8), no así la caridad. Esas tres virtudes son infundidas en nuestros corazones durante el bautismo. Desde ese momento la gracia de Dios está dentro de nosotros; somos hechos “templos de Dios” pues el Espíritu Santo inhabita en nuestros corazones (1 Cor 3:16; 1 Cor 6:19). Es ese Espíritu Santo quien nos hace capaces de amar como Él ama; es decir de tener “caridad” (amor) a Dios, y a nuestros semejantes por amor a Dios y como Él los ama.

La caridad no es otra cosa que el amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Rom 5:5). Es el modo propio y supremo de amar del cristiano. Así lo enseña nuestro Señor Jesucristo: “*Amaos unos a otros como yo os he amado*” (Jn 13:34). Tener “caridad” con alguien es pues, amar a esa persona del mismo modo que la ama Cristo.

Es por ello que sólo podemos amar con amor de caridad (sobrenatural) cuando tenemos al Espíritu Santo, o dicho de otro modo, cuando nuestra alma está en gracia de Dios. El pecado grave elimina la

caridad, nos separa de Cristo (Jn 15: 5-6) y de su Espíritu, por lo que perdemos la capacidad de amar y obrar sobrenaturalmente. La fuerza del cristiano le viene del hecho de estar unido a Cristo, por eso el mismo Señor nos dice: *"Sin mí no podéis hacer nada"* (Jn 15:5)

Quizá sea San Pablo quien mejor hable de la caridad. En su Primera Carta a los Corintios, capítulo 13 nos dice:

"Si hablando lenguas de hombres y de ángeles, no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalos que retiñe. Y si teniendo el don de profecía, y conociendo los misterios todos, y toda la ciencia, y tanta fe que trasladase los montes, no tengo caridad, no soy nada. Y si repartiere toda mi hacienda y entregare mi cuerpo al fuego; no teniendo caridad, nada me aprovecha.

La caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha; no es descortés, no es interesada, no se irrita, no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera.

La caridad no pasa jamás; las profecías tienen su fin, las lenguas cesarán, la ciencia se desvanecerá. Al presente, nuestro conocimiento es imperfecto y lo mismo la profecía; cuando llegue el fin desaparecerá eso que es imperfecto. Cuando yo era niño hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño; cuando llegué a ser hombre dejé como inútiles las cosas de niño. Ahora vemos por un espejo de modo confuso; entonces veremos cara a cara. Al presente conozco sólo en parte; entonces conoceré como soy conocido. Ahora permanecen estas tres cosas: la fe, la esperanza, la caridad; pero la más excelente de ellas es la caridad."

Sólo traerles las bellísimas palabras que el Padre A. Gálvez recoge en uno de sus escritos y que viene a parafrasear esta cita de San Pablo:

"Pues ya no escuchan en su tierra las canciones de antaño. Aquellas mismas que en otras edades, entonando las melodías del Amor divino, hacían comprender y vivir el amor humano. Eran todavía los tiempos en que el mismo amor, no habiéndose transformado aún en solidaridad o en fraternidad universal, era sencillamente la caridad: aquella que no era ambiciosa ni buscaba nunca lo suyo; que no se irritaba ni tomaba en cuenta el mal; que no se alegraba de la injusticia y se complacía siempre en la verdad; la que todo lo soportaba, todo lo creía y todo lo esperaba.... Lo cual sucedía en aquella Edad Dorada en la que no se hablaba tanto del hombre hecho dios cuanto del Dios hecho Hombre en Jesucristo; cuando los hombres pensaban menos en exigir que en entregar, o creían ingenuamente que los derechos humanos solamente se podían hacer realidad considerando antes los derechos divinos. Eran los Tiempos Felices en que los hombres estaban convencidos de que la Aventura que consistía en seguir a Jesucristo, a fin de compartir su Vida y su Muerte, era el único objetivo que podía dar sentido a su vida y la única cosa que podía proporcionarles la Paz. . . O lo que es decir, la verdadera Paz, y no la que da el mundo (Jn 14:27); la que realmente aquietta el corazón y es capaz de llenarlo de la Perfecta Alegría..." (A. Gálvez, "Siete Cartas a Siete Obispos" p. 69)

Estas palabras son tan ricas que huelga cualquier comentario. Son más para meditar, saborear, y sobre todo, para vivirlas.

La caridad es el mejor teólogo

¿Quién puede hablar mejor de Dios sino el mismo Dios? Si el amor de Dios (que es Dios, pues Dios es amor) vive en nuestros corazones por el Espíritu Santo, cuanto más llenos y transparentes seamos a ese amor de Dios más y mejor hablaremos de Él.

No podemos decir que conocemos a Dios si no amamos con amor de caridad: *“El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor”* (1 Jn 4:8). En cambio, si tenemos su gracia, ella nos dará una luz especial para penetrar en los misterios de Dios.

El mismo Jesucristo nos lo confirma en el Sermón de la Última Cena: *“El Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, ése os lo enseñará todo y os traerá a la memoria todo lo que Yo os he dicho”* (Jn 14:26).

De los siete dones que nos da el Espíritu Santo hay tres de ellos que nos ayudan de modo especial a profundizar y conocer los misterios de Dios (hacer teología), estos son los dones de: ciencia, sabiduría y entendimiento.

- Don de Sabiduría: Es un conocimiento que nos viene derivado de nuestra afinidad con las cosas de Dios.
- Don de Entendimiento: Es una luz divina por la que somos capaces de entender y profundizar las verdades reveladas por Dios.
- Don de Ciencia: Es una luz divina por la que juzgamos todo desde un punto de vista sobrenatural. También se conoce como “la ciencia de los santos”.

Y lo opuesto también es verdad; es decir sin el Espíritu Santo en nuestros corazones es prácticamente imposible hacer auténtica teología. Esa es la razón por la cual los santos fueron los mejores teólogos, y muchos de ellos fueron nombrados doctores de la Iglesia. En cambio, aquellos que siendo muy inteligentes pretendieron hacer teología sin tener la gracia de Dios, se limitaron a recopilar información de aquí y de allí en lugar de profundizar en nuestra fe; o lo que es peor, cayeron en frecuentes herejías.

La caridad es el mejor apóstol

El mejor modo que tenemos de hacer apostolado es precisamente manifestando al mundo que nos rodea, el amor que hay en nuestros corazones. Pues como nos dijo Jesús: *“En eso conocerán que sois mis, en que os amáis los unos a otros”* (Jn 13:35). Y Él nos mandó ir de dos en dos, precisamente para que los demás vieran cómo nos amábamos (Lc 10:1). O como también le dice San Pablo a Timoteo: *“Que nadie tenga en poco tu juventud; antes sirvas de ejemplo a los fieles en la palabra, en la conversación, en la caridad, en la fe, en la castidad.”* (1 Tim 4:12)

La caridad nos libra del temor que las cosas del mundo nos pueden producir

El que ama de verdad no ha de temer nada: *"En la caridad no hay temor, pues la caridad perfecta echa fuera el temor; porque el temor supone castigo, y el que teme no es perfecto en la caridad"* (1 Jn 4:18). Es por ello que, cuando la situación de la Iglesia y del mundo nos hace sufrir, acudamos al Señor, Él es el único que puede devolver la paz a nuestros corazones: *"Él es nuestra paz"* (Ef 2:14)

La caridad es incompatible con el amor a las cosas del mundo

Por otro lado, cuando nuestro corazón humano se sienta tentado por el mundo y sus cosas, no olvidemos lo que nos dijo el apóstol San Juan: *"No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, no está en él la caridad del Padre"* (1 Jn 2:15). El mundo le "pertenece" a Satanás (Mt 4: 9); y Satanás se lo entrega a quienes le adoran. En cambio, nosotros, por el bautismo, le pertenecemos a Dios.

La caridad nos une a todos en el corazón de Cristo

Ante las disputas y enfrentamientos que había entre los cristianos de Corinto, San Pablo, inspirado por el Espíritu Santo, les proclamó el himno de la caridad (1 Cor 13). Y es que la caridad es el cemento de unión de todos los cristianos.

La caridad nos enseña a amar a las personas como ellas son, con sus virtudes y defectos. Recordemos que Jesús nos amó a nosotros cuando todavía éramos (y somos) pecadores. Del mismo modo tenemos que amarnos unos a otros. No podemos esperar a ser perfectos para empezar a amarnos.

Como nos decía San Pablo: *"La caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha; no es descortés, no es interesada, no se irrita, no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera"*. (1 Cor 13:4)

La caridad será la que nos juzgue a cada uno al final de nuestros días

Ya nos lo anunciaba San Juan de la Cruz en una de las frases más bellas que se han escrito: *"A la caída de la tarde seremos juzgados del amor"*; pues lo único que hace falta para ir al cielo es *que "el amor de Dios esté en nuestros corazones"* (Rom 5:5). Concentrémonos pues en amar tal como Cristo nos enseña, ese será nuestro pasaporte para disfrutar en la eternidad con nuestro Creador.

El enfriamiento de la caridad de muchos

La caridad es el primer fruto de la presencia del Espíritu Santo en nuestros corazones. Y curiosamente, el segundo fruto es la alegría. No en vano decía Santa Teresa de Jesús: *"Un santo triste, es un triste santo"*. Caridad y alegría van siempre unidas, incluso en medio de los más profundos y duros sufrimientos que la vida a veces nos trae, los cuales no podrán nunca acabar con ella: *"Las muchas aguas no podrán extinguir la caridad"* (C.C. 8:7)

Este amor de caridad aumenta conforme aumentamos en santidad; se pierde cuando caemos en pecado grave, y puede enfriarse por el pecado venial o si sucumbimos a la mediocridad o en la tibieza: *"Pero tengo contra ti que dejaste tu primera caridad"* (Ap 2:4).

Sabemos, porque el Señor nos lo dijo, que la caridad de muchos se enfriará al final de los tiempos (Mt 24:12); cuando los hombres, habiéndose olvidado de Dios se preocuparán más de construirse un paraíso en la tierra que de pensar en la bienaventuranza del cielo.

~ ~ ~

Y con esto acabamos la primera parte de nuestra edificación. Ya tenemos el terreno preparado y limpio, hemos levantado los pilares y los hemos unido firmemente con la caridad. Nos queda comenzar a levantar paredes, cubrir aguas, hacer habitaciones, los muebles, el jardín, la valla de protección alrededor de nuestra casa... Mucho trabajo por delante. ¡No nos desanimemos! Que el Señor nos dé a todos fortaleza para seguir juntos edificando aquí en la tierra lo que en el futuro será también nuestra casa del cielo.

El valor de las cosas pequeñas

Teniendo ya las bases de nuestra edificación, es ahora el momento de comenzar a elevar las paredes, dejar los huecos para la puerta y las ventanas y rápidamente “cubrir aguas”, que en el argot de la construcción no es otra cosas que poner el tejado.

No sé si se han dado cuenta que para levantar las paredes y cubrir aguas lo solemos hacer a base de cosas muy pequeñas que se llaman “ladrillos”, “bardos” y “tejas”. Es la acumulación ordenada y a nivel de miles y miles de “estas cosas pequeñas” como cerramos nuestro edificio y lo protegemos de los vientos, las aguas, el frío o el calor; es decir de todo lo exterior que puede de un modo u otro alterar la normal convivencia dentro del hogar.

En la vida espiritual no es diferente. Desde bien pequeños tendremos que preocuparnos de ir construyendo nuestro edificio humano y espiritual. Prácticamente ya no nos acordamos cuando decíamos: “la p con la a, pa” o hacíamos las primeras sumas; pero gracias a ello ahora podemos leer o hacer cálculos trigonométricos. Cuando tan sólo teníamos dos años, nuestros padres nos enseñaban a hacer la señal de la cruz; a coger agua bendita cuando nos llevaban a la Iglesia y a rezar el “ángel de mi guarda” o “cuatro esquinitas tiene mi cama”. Y las abuelas se encargaban de reforzar esas primeras oraciones y enseñarnos otras tantas. Poco a poco fuimos profundizando en el conocimiento de nuestra fe... Y es que en la vida todo se suele hacer a bases de la acumulación de cosas pequeñas.

El Señor nos dijo: *“Quien es fiel en lo poco también lo será en lo mucho”* (Lc 10:16). De ese modo nos recalca lo importante que era ser fiel hasta en las cosas más pequeñas y aparentemente intrascendentes de nuestra vida.

El valor de las cosas pequeñas

El valor de las cosas pequeñas reside en el amor con que las hacemos y en la constancia del día a día. Es la gota continua que va cayendo desde el techo de la cueva la que después de muchos años forma una bella estalactita. San Josemaría Escrivá de Balaguer lo decía con estas sencillas y profundas palabras: *“¿Quieres de verdad ser santo? –Cumple el pequeño deber de cada momento: haz lo que debes y está en lo que haces”* (Camino, 815).

Aunque aparentemente los ladrillos que cubren la pared de la casa se pongan sin orden y rápidamente, nada más lejos de la verdad; cada uno ha de ser escogido evitando las imperfecciones, alineado y nivelado. Luego se cubre con la caridad que es el cemento que los pondrá a todos juntos, y se deposita sobre los que ya se han puesto. Uno y otro, hilera tras hilera, hasta cubrir la pared. No es tan difícil, pero se requiere constancia, amor, delicadeza y fidelidad continua. Si por alguna razón pones un ladrillo mal, luego toda la pared se verá deforme, curvada..., es decir, mal. ¡Y sólo fue un ladrillo mal puesto!

Recuerdo hace años cuando nos explicaban en matemáticas el cuidado que teníamos que tener en el cálculo de las operaciones con decimales, ya que un pequeño error se iba arrastrando hasta que el

error se hacía gigantesco y podríamos comprometer el resultado final de una investigación. Y nos ponían el siguiente ejemplo que más bien parecía hipotético que real.

Hubo unos astrónomos que estaban divididos en dos grupos, unos en Europa y otros en Estados Unidos, a quienes se les dio el encargo de hacer una serie de cálculos para mandar un cohete a no recuerdo qué planeta. Ambos equipos se pusieron en marcha haciendo sus cálculos. Cuando hubo de poner los resultados en común para calcular la trayectoria del cohete, resultó que los americanos habían hecho el cálculo en pulgadas, yardas, millas; y los europeos en centímetros, metros y kilómetros. Entonces pensaron: Convirtamos los resultados que hemos obtenido al mismo sistema para así poder calcular la trayectoria final. Pero cuando hicieron la conversión cometieron un pequeñísimo error al pasar de pulgadas a centímetros, total era casi nada. Pero ese error tan pequeño, a cada nueva multiplicación se iba agrandando, hasta que al final, cuando lanzaron el cohete se desvió por cientos de kilómetros del planeta elegido. Y es que el pequeño error, trasladado a grandes distancias se convirtió en kilométrico. Lo mismo puede ocurrir, y de hecho ocurre, en nuestras vidas.

Y en la vida espiritual no es diferente en absoluto. Pequeños errores de inicio, si no son corregidos a tiempo, darán lugar a errores fatales en nuestro camino a la santidad.

Aprende a descubrir las cosas pequeñas en el día a día

El corazón siempre tiene que estar dispuesto para amar. Esa debería ser nuestra actitud normal. Si así lo hiciéramos, descubriríamos a lo largo del día miles de pequeñas ocasiones en las que podríamos poner un nuevo ladrillo a nuestra construcción. La persona que ama está en continua actitud de dar amor; como nos dice Santo Tomás de Aquino: *"el amor es difusivo de suyo"*.

Es el mismo amor lo que nos ayuda a descubrir las cosas que "necesitan" aquéllos que están a nuestro lado. Unas veces será nuestro dinero, otras nuestro tiempo; en algunas ocasiones será la corrección y en otras la paciencia.

Una mirada serena y llena de amor cuando alguien acude a nosotros con preocupaciones puede ser la mejor medicina. Lo normal es que las personas no demanden de nosotros grandes actitudes, sino miles de pequeñas acciones cada día: una madre que prepara el desayuno para su marido y sus hijos (pero con amor). Un conductor nervioso que nos "tienta" con su claxon a que respondamos de la misma manera. Un compañero de trabajo que nos "importuna" con sus problemas. Un marido al que le gusta que le hagan la comida de un modo muy concreto. Una esposa que se mata a trabajar, pero que nunca recibe una palabra de aliento ni de sus hijos ni de su marido. Unos hijos que cambian el canal del televisor cuando estamos viendo un partido de fútbol. Poner buena cara cuando alguien pide nuestra ayuda. Mantener una actitud servicial y alegre aunque estemos rodeados de miles de problemas personales.

Esos pequeños detalles, hechos con amor, van poco a poco forjando nuestro carácter, puliendo las aristas de nuestra forma de ser; en una palabra, nos van haciendo cada vez más santos.

Les transcribo un poema pequeñito y bello que nos habla precisamente del valor de las cosas pequeñas, que a pesar de estar junto a nosotros, por descuido podemos dejarlas pasar.

*La fuente quiere ser río
y el río quiere ser mar,
y el mar...sueña con que es fuente
y que ha vuelto allí a brotar.*

*Imponente y majestuoso,
añora y vuelve a añorar,
aquellos riscos y flores
donde dejó su cantar,*

*por donde pasó tan niño,
con prisa y en loco afán
de convertirse en gran río
y por fin, en un gran mar.*

*Tanto corrió, corrió tanto
que apenas pudo gozar*

*de las cosas pequeñas,
que tan fácil dejó atrás.*

*¡Ay, las cosas pequeñas, simples,
que no nos dan más..
ay esas cosas tan simples,
cómo se van y se van!
Sin darnos cuenta se escapan..
mientras que ciegos andamos
buscando felicidad.*

*La fuente quiere ser río
y el río quiere se mar
y el mar...se ha vuelto salado,
¡quizá de tanto llorar!*

De María Esther de Ariño

Toda traición a Cristo siempre fue precedida de muchas pequeñas infidelidades

Del mismo modo que nuestra vida espiritual se construye a base de multitud de pequeños ladrillos que continuamente vamos apilando y sellando unos con otros mediante el amor, una gran traición a Cristo suele ser el resultado de múltiples pequeñas infidelidades que se van cometiendo a lo largo de mucho tiempo.

Cuando un sacerdote "cuelga las sotanas" o una monja el hábito; o sencillamente, cuando un cristiano abandona su búsqueda de Dios, es porque después de un fogoso comienzo, empezó a ser infiel en pequeñas cosas. El amor inicial se fue entibiando, hasta que al final cualquier práctica de piedad se transformó en un obstáculo infranqueable. Llegó un momento en el que pensó: "he de ser sincero conmigo mismo", y entonces se optó por la solución más fácil: el abandono. En lugar de ser valientes y replantearse de nuevo su vida espiritual, examinar las cosas malas que se habían hecho para corregirlas... se abandonó y se cayó en manos del maligno. Y es que como nos dice el Señor: "El que es infiel en lo poco también lo es en lo mucho" (Lc 16:10)

Creciendo en el amor a través de las cosas pequeñas

Si nos detenemos delante de nuestro edificio espiritual y comprobamos todo lo que nos queda por construir, fácilmente podríamos caer en el desánimo; es por ello que sin perder de vista la meta, fijémonos más bien en poner bien el siguiente ladrillo. Y así, uno detrás de otro. Caminemos sin parar y siempre en la buena dirección; paso a paso, sin prisa pero sin pausa. Si así lo hacemos, antes o después llegaremos al final.

Creer en el amor humano o divino no es diferente, siempre será el resultado de un primer paso que se dio, al cual le siguieron otros en la misma dirección. Un Ave María, una flor, una jaculatoria, un acto de paciencia, un detalle de caridad, una sonrisa al que sufre, un pedir perdón, un ceder el paso. Y así, un día tras otro. Antes de que nos demos cuenta habremos levantado ya una pared; y luego la otra, y por fin el tejado con sus tejas, también una a una.

Si hemos sido fiel en lo pequeño, será ahora el momento de empezar a construir las diferentes habitaciones que habrá en nuestra casa. Cada una será diferente, y todas ellas serán necesarias: un comedor para recuperar fuerzas, un dormitorio para el descanso, un oratorio para estar con Dios, una biblioteca para conocerlo mejor, un baño para purificarnos... Y todo ello, ladrillo a ladrillo, en su propio orden y todo hecho con amor. Pero de ello nos ocuparemos en el siguiente capítulo.

Las puertas y ventanas

Una vez que ya tenemos las paredes y el tejado de nuestra casa es conveniente que cuanto antes pongamos las puertas y las ventanas. Ellas nos darán seguridad, privacidad, evitarán que personas ajenas entren a ella, nos protegerán del viento y la lluvia, al tiempo que dejan pasar la luz y el sol.

Hemos de procurar que las puertas y ventanas cumplan su función. Las puertas deberán estar normalmente cerradas y aseguradas para que no entre quien no debe y para que nosotros podamos entrar o salir cuando lo necesitemos. En las ventanas es conveniente incluso poner rejas, persianas o postigos y cortinas, para así tener perfecto control de lo que puede entrar por ellas. Las ventanas estarán normalmente cerradas, salvo cuando nos interese abrirlas para que pase el aire y así purificar el interior de nuestra casa. Necesitamos las puertas y ventanas, pero hemos de tener cuidado pues ellas pueden ser también causa de nuestra perdición.

Con las ventanas deberemos llevar un cuidado especial no sea que nos pase lo que le ocurrió a Juan XXIII, que abrió las ventanas del Vaticano y parece que entró Satanás. O al menos así nos dijo Pablo VI: *"A través de alguna grieta ha entrado, el humo de Satanás en el templo de Dios"*. (Discurso 29 junio 1972). Y según parece, nadie nos ha dicho que haya salido de ahí. Y el mismo Pablo VI reconoce en el discurso del 23 de noviembre del 1973 que la apertura que se hizo al mundo *"fue una verdadera invasión del pensamiento mundano en la Iglesia"*. Es por ello, que no queremos sufrir una invasión del modo de pensar del mundo y de todos los males que la mundanidad puede traer a nuestra fe; lo mejor es que siempre mantengamos en perfecto control el estado de nuestras puertas y ventanas.

Cuando al enemigo se le deja entrar en casa

Tanto las puertas como las ventanas dan seguridad, aislamiento, calor y luz a nuestra casa.

Nuestro edificio ha de estar siempre protegido de las malas influencias exteriores, que son muchas. Pero en el exterior también hay cosas buenas, por lo que tendremos que ser nosotros los que abramos o cerremos puertas y ventanas según convenga. Eso sí, deberemos estar siempre vigilantes, pues el enemigo aprovechará cualquier momento de distracción para querer entrar y apoderarse de todo lo bueno que haya dentro.

El "aislamiento" o "separación" del exterior es otra de sus funciones. Necesitamos esa separación del exterior para ayudarnos a mantener el silencio y la soledad necesarios para una sana vida espiritual. Reducen el ruido externo, nos ayudan a concentrarnos, nos dan privacidad. Pero de nada sirven, si cuando hemos de estar solos, lo primero que hacemos es encender la radio o el televisor para que haya ruido que nos acompañe.

Nunca se ha vivido tanto como ahora dentro de la casa; pero tampoco nunca se ha tenido menos "privacidad": La televisión casi siempre encendida, el abuso de internet y el uso continuo de los móviles con sus redes sociales y el tan nombrado WhatsApp, son el resultado del miedo que tiene el hombre de hoy a permanecer solo y en silencio; y que no son otra cosa que una manifestación del

vacío interior en el que vive. Las puertas y ventanas sirven para guardar nuestro hogar, pero si nuestro hogar está vacío de cosas de valor, ¿qué tenemos que guardar?

Como consecuencia del mundo tecnificado en el que vivimos, la gran mayoría de nosotros ha abierto tres ventanas en el interior de su propia casa y que si no tenemos un cuidado especial con ellas pueden ser también grandes enemigos de nuestra vida espiritual. Hasta hace unos cuarenta años lo normal era tener un solo televisor en la casa; los programas solían ser limpios y entretenidos, pero desde esa época hasta la actualidad, hay televisor en el salón, la cocina, el dormitorio de los esposos, el dormitorio de cada uno de los niños y si me apuran, hasta en el baño. Y los programas que muchas veces se ven en las casas sonrojarían al mismo demonio. En más de una ocasión, cuando he ido a visitar a mis abuelitos en sus casas para confesarles y llevarles la Comunión, me los encuentro con la televisión encendida y viendo novelas, películas... que no me atrevo ni a nombrar.

¿Se acuerdan cuando en las casas se cocía las coliflores de antes y el mal olor llenaba toda la casa e incluso la del vecino? Ahora, las coliflores ya no huelen mal cuando las cueces, pero en cambio la "peste" que hay ahora en las casas es de podredumbre, de suciedad "espiritual". Mayores y jóvenes, padres e hijos indistintamente, ven todo tipo de programas: inmorales, anticristianos, impuros..., y a nadie se le ocurre cambiar el canal. Y es que, como con los males olores, nos hemos acostumbrado a ellos. El enemigo está bombardeando continuamente nuestro hogar, y no sólo no hacemos nada por evitarlo, sino que encima le ponemos las cosas todavía más fáciles.

Y no hablemos del famoso internet. Dicen las madres inocentes: "Mi hijo se pasa toda la tarde estudiando en internet. Se lo hemos puesto es su dormitorio para que no se entretenga". ¿Se te ha ocurrido en alguna ocasión revisar el "historial" de los lugares que visitan tus hijos? Pero claro, si en la televisión se está viendo porquería y media, ¿de qué se van a escandalizar los padres cuando comprueben el historial de navegación en internet?

En cuanto a los móviles, no es tanto las cosas impuras que puedan ver ahí, sino la cantidad de tiempo que pierden; y sobre todo, parece que la mente se obnubila para hacer cualquier otra cosa. Como leía el otro día en un periódico digital: "El árbitro de un combate de boxeo interrumpe el asalto porque a uno de los púgiles se le había caído el móvil". Suena a chiste, pero ¿qué habría hecho el boxeador si le hubiera llegado un WhatsApp?

Actitud del cristiano cuando sale de su casa

De nada sirve tener una casa bien guardada y protegida con puertas, ventanas y hasta sistemas de seguridad si cuando salimos al mundo nos olvidamos que somos cristianos. Tendremos que salir al mundo para trabajar, para gozar de su belleza, para nuestras relaciones sociales; pero eso sí, cuando salgamos al mundo hagámoslo como cristianos, pues si no seremos vencidos por él. *"Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe"* (1 Jn 5:4).

Recuerdo hace ya bastantes años que acababa de celebrar la Santa Misa en un pueblo de New Jersey; era verano. Y como allí es costumbre y así me lo exigía el párroco, salí a la puerta de la Iglesia a despedir a los fieles que habían asistido a la Santa Misa. Cuál fue mi sorpresa, cuando veo salir del templo a un grupo de chicas que estarían en la veintena, y que nada más cruzar la puerta de la Iglesia

se subieron la falda que acabó siendo una "mini" y se abrieron el escote todo lo que daba el vestido. Intenté disimular mi cara de asombro, pero no pude evitar pensar: "Aquí se acabó su fe". Nada más traspasar el umbral de la puerta de la Iglesia dejaron de ser católicas para ir a "comerse el mundo". ¡Cuántos cristianos piensan y se comportan de la misma manera! Con cara de piedad mientras que están en la Iglesia; incluso puede que lean las Escrituras y hasta ayuden a distribuir la Sagrada Comunión, pero enseguida que salen, no se diferencian en lo más mínimo de cualquier otra persona sin fe.

Mantener la fe, como nos dice la Sagrada Escritura en abundantes lugares, es esencial cuando entramos en contacto con el mundo que nos rodea: *"En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, Yo he vencido al mundo"* (Jn 16:33). *"Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?"* (1 Jn 5: 4-5). El enemigo de nuestra alma busca acabar con nosotros: *"Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar"* (1Pe 5:8). Cuando el enemigo no puede acabar con nosotros por medio de ataque directo, usa las trampas y tentaciones que el mundo nos ofrece: *"El mundo entero está bajo el poder del Maligno"* (1 Jn 5:19). *"Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo"* (1 Jn 2:16).

La guarda del corazón

También hay una ventana interna: nuestro corazón, que hemos de vigilar, controlar y cuidar. De ahí es de donde procede lo bueno y lo malo, según nos dice el Señor (Mt 15:19, Mc 7:21). Y si nuestro corazón es limpio, entonces podremos ver a Dios: *"Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios"* (Mt 5: 8). El libro de los Proverbios nos dice: *"Con todo cuidado guarda tu corazón, porque de él brota la vida"* (Prov 4:23). El corazón suele "ponerse" en aquellas cosas que consideramos nuestros tesoros, por eso nos dice el Señor: *"donde esté tu tesoro, allí estará tu corazón"* (Mt 6:21).

Nuestro corazón debería ser el "sancta sanctorum" (el lugar más santo) que siempre guardáramos de toda influencia mala que pudiera entrar desde afuera; y donde atesoráramos lo bueno que hayamos conocido. Es por ello que tenemos que mimarlo, protegerlo, y sólo permitir la entrada en él de aquello que hayamos de amar por encima de todo: Dios, y los nuestros, por amor a Dios.

El camino no es fácil, pero cuando el corazón ha alcanzado la purificación completa, Dios nuestro Señor, con su presencia y con su amor, ocupa el alma y todas sus potencias: memoria, inteligencia, voluntad. Y de este modo la limpieza del corazón conduce al hombre a la unión con Dios.

El corazón es, en la tradición bíblica y cristiana, el lugar donde residen el entendimiento y la voluntad, los criterios, las actitudes, la mentalidad de cada uno de nosotros; a diferencia de la actualidad donde se suele considerar al corazón como el lugar de los sentimientos y emociones. Por eso, guardar el corazón, según la tradición cristiana es preservar nuestro entendimiento y nuestra voluntad de todo aquello que se considera malo para nuestra fe y nuestro amor a Dios. Aconsejamos, a quien quiera saber más sobre la guarda del corazón, que lea el bello capítulo sobre este tema, que se encuentra en el libro "Ascética meditada" de Salvador Canals.

Las habitaciones de nuestra casa

Es hora ya de comenzar a hacer las diferentes habitaciones de nuestro edificio espiritual. Como en cada casa, habrá unas habitaciones que serán "obligatorias" y otras que dependerán de los gustos y necesidades de cada uno. Son obligatorias: la sala de estar, la capilla, la cocina, los dormitorios, baño y área de lavado y la biblioteca. Son aleatorias: el cuarto de jugar los niños, la terraza... Así pues, comencemos describiendo brevemente cómo deberían ser esas habitaciones de nuestra casa.

Habréis oído más de una ocasión esta frase: *"Cuando Dios hace un santo, rompe el molde"*; y es verdad, pues cada santo tiene sus propias peculiaridades. No hay dos santos iguales; ahora bien, todos ellos han de tener una serie de virtudes que son imprescindibles: caridad, espíritu de sacrificio, vida de oración, entrega a Dios... además de eso, cada uno de ellos tiene notas peculiares que lo diferencian de los demás; y es que cada santo viene a plasmar algunas de las infinitas perfecciones presentes en Dios.

De esas peculiaridades es precisamente de lo que vamos a hablar hoy. Lo que diferencia a un santo de otro son las dimensiones de cada habitación, el color de las paredes, los muebles, la decoración... Les pongo unos ejemplos y así lo entenderán mejor. Hay santos que tienen una gran sala de estar, como San Juan Bosco, pues han de dar cobijo a muchas personas que acudirán a él. Hay otros que no tienen ni quieren biblioteca, ni cocina, como San Francisco de Asís, pues para él, su biblioteca es la Biblia y la cocina no la necesita, pues todo lo que comen lo han tenido que pedir. En cambio para otros santos, como Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura o Santo Domingo de Guzmán, la biblioteca será una de las partes más importantes de la casa; ya que les ayudará a profundizar en la revelación de Dios. Hay santos con grandes dormitorios, como San Juan de Dios, pues tendrán que atender por caridad a muchos enfermos..., en cambio hay santos, como San Pedro de Alcántara que apenas si tenía un taburete donde dormir; su celda era tan pequeña que no cabía una cama. Hay santos que destacan por tener un gran baño y una gran lavandería, como el Santo Cura de Ars, que se pasaba más de veinte horas diarias confesando. Los hay contemplativos como San Juan de la Cruz o Santa Teresa de Lisieux, cuya habitación más importante es la capilla; en cambio hay otros, que aunque tengan una capilla grande, tienen que compartir su tiempo con una vida activa en el mundo, como puedan ser los papas santos o aquellos santos que se dedicaron sobre todo a cuidar a los pobres, enfermos y necesitados. Esas diferencias, a veces muy marcadas, hacen que el mundo de los santos sea atractivo, y contemplar y comparar sus vidas un maravilloso caleidoscopio donde admirar, asombrarse y aprender.

Ahora nos toca el turno a nosotros. La distribución de las habitaciones, aunque es algo que suele hacer el arquitecto, a cada dueño le gusta introducir sus propias modificaciones para que así la casa se edifique según los gustos y necesidades de cada uno. ¿Cómo quieres que sea tu casa? Dicho en otras palabras, ¿qué virtudes te atraen más? ¿A qué santo te gustaría parecer? Seguir los patrones marcados por otros santos nos ayudarán a preparar los nuestros. Preguntémosle a Dios, descubramos nuestras propias cualidades y gustos, y luego, empecemos cuanto antes a hacer las habitaciones.

A la hora de ir describiendo las habitaciones usaremos abundantes metáforas que el lector agudo no tendrá dificultad en entender e interpretar; pasaremos del edificio físico al espiritual y viceversa sin solución de continuidad y de un modo apenas perceptible.

La sala de estar-comedor

Es lugar donde se reúne la familia, se come, se relaja nuestro espíritu, se entretiene nuestra alma, se reciben visitas. Si hay bastante espacio en el hogar, suelen haber dos salas de estar, una la que se le enseña a las visitas, y otra, el lugar donde realmente se hace la vida de hogar. Esta última suele ser más pequeña, cómoda, hogareña. Es el lugar donde la familia suele "hacer su vida", donde se habla, se ve la tele, se duerme la siesta, se reza.

La sala de estar habla mucho de la personalidad de su dueño. Las hay amplias y con mucha luz y otras pequeñas y oscuras. Todo dependerá de nuestros gustos y de las necesidades que tengamos. Puesto que la sala de estar será el lugar donde tendremos que departir con la familia, amigos..., será bueno que pensemos no sólo en nosotros, sino también en todos aquellos que la vayan a usar. Tenemos que "ser" un lugar donde la gente pueda venir a "descansar", a encontrar una palabra de aliento o de ánimo. La sala de estar será de las habitaciones donde más podremos ejercer la caridad con los demás. Nuestra sala de estar ha de ser pues, lugar de descanso... no sólo para nosotros, sino también para todo aquél que nos visite. Cada uno ha de "trabajar" su personalidad para poder dar paz a los demás; del mismo modo que Cristo lo es para cada uno de nosotros: *"Venid a mi todos los que estáis cansados y agobiados que yo os aliviaré"* (Mt 11:28), o esta otra *"Él es nuestra paz"* (Ef 2:14)

Hoy día tenemos el peligro de convertir la sala de estar en un centro de comunicaciones, donde están muchos reunidos, pero donde nadie habla; y si hay comunicación nunca es con los que están contigo sino con los que están, a veces a miles de kilómetros o incluso no sabes ni quiénes son. Hemos de evitar que cada uno de los que están en la sala sea una célula aislada de los demás: la hija con la tableta, el padre viendo el partido, la madre mandando mensajes de WhatsApp, el más pequeño con la "play"; todos "juntos" pero todos "separados". ¿Y a eso le llamamos familia? Más parece un hotel donde los comensales se reúnen en espacios comunes a ciertas horas del día, pero donde cada uno sigue viviendo su propia vida sin que haya interacción con los demás. Hemos de recuperar el tiempo del parchís, de jugar al dominó o a las cartas con los chicos; o sencillamente, leerles un cuento o rezar el rosario.

La cocina

Es una de las habitaciones más importantes de la casa. Es el lugar donde elaboramos la comida que necesitaremos para reponer las fuerzas. Un buen cocinero no prepara lo que más le gusta, sino lo que más necesita. A la hora de preparar nuestra "dieta" tendremos que tener en cuenta lo que sea más necesario para nosotros y para el bienestar de los que vivan con nosotros. Lo mismo ocurre con nuestra vida espiritual, debemos proveer a nuestra alma con el alimento que necesite en cada momento. Debemos "ingerir" alimentos sanos y vigorizantes al tiempo que deberemos evitar todo aquello que nos pueda hacer daño. Por otro lado, esos alimentos tendremos que "prepararlos" debidamente. No está la cosa en entrar en la cocina y comer lo primero que pillemos; lo mejor es tener un buen plan de "alimentación" que contenga todo los principios necesarios: eucaristía, oración, sacrificio, obras de caridad, buenas lecturas, devociones particulares.

Los dormitorios

Es el lugar donde nos desconectamos para recuperar fuerzas, serenar nuestros pensamientos y el corazón. Que nunca falte en ninguno de nuestros dormitorios un crucifijo encima de nuestras camas.

Como consecuencia del activismo que todos llevamos (a pesar a veces de estar en el paro), necesitamos tener un dormitorio confortable, cómodo y silencioso. Por otro lado hemos de cuidar que el dormitorio no se transforme en el centro de la casa; bien porque nos pasemos gran parte del día durmiendo o porque lo hayamos transformado en sala de operaciones (cama, televisor, ordenador, gimnasio...). El dormitorio es para dormir y también, si fuera el caso, para recuperarnos de una enfermedad; pero no es el lugar donde hemos de vivir durante la mayor parte del día. A veces los chicos transforman su dormitorio en "bunkers" privados donde hacen de todo y donde el acceso de los padres está prohibido.

Deberemos vigilar también las horas de sueño. Los médicos aconsejan que un adulto duerma ocho horas al día. A mí me parece exagerado; un niño quizá, pero un adulto con seis horas tiene más que suficiente. Menéndez Pelayo solía decir que todo lo que fuera dormir más de cinco horas era perder el tiempo. El exceso de tiempo de sueño hace que luego falte tiempo para otros menesteres que son iguales o incluso más importantes, como por ejemplo la lectura, la oración... Recordemos que era precisamente mientras que los apóstoles dormían, cuando el Señor se iba a un lugar apartado para hacer oración (Mc 1:35). Si no robamos tiempo al sueño, luego tengamos por seguro que no tendremos tiempo para hacer oración. Controlar nuestro tiempo de sueño es un sacrificio sencillo, pero efectivo e incluso a veces heroico. Y no olvidemos también la cantidad de tiempo que a veces se pierde a la hora de levantarse; desde que suena el despertador hasta que nos levantamos a veces pasan diez, quince minutos e incluso a veces mucho más. El que no da importancia a esos pocos minutos cada día, luego esté por seguro que perderá su tiempo en el resto de cosas que tenga que hacer diariamente.

La capilla

Toda casa debería tener "capilla privada". La capilla ha de ser un lugar silencioso y tranquilo donde podamos hacer nuestras oraciones, leer libros de piedad. Debido a que hoy día la gran mayoría de las iglesias permanecen cerradas cuando no hay culto, y debido también a que necesitamos hablar con Dios, no nos queda más remedio que habilitar en nuestro propio hogar un pequeño espacio silencioso y tranquilo donde tengamos nuestro altarcito con algunos santos, un crucifijo, la imagen de la Virgen. Yo recuerdo que en casa de mis abuelos existían esas capillas. Capillas que eran habitaciones reales, donde no llegaba el ruido de la radio ni de la calle, y donde mis abuelas sobre todo, se retiraban después de haber acabado los menesteres de la cocina y todos habíamos vuelto al cole, trabajo... para hacer sus oraciones. Desgraciadamente hoy día, con los pisos tan pequeños y las paredes de cartón, es casi imposible encontrar ese silencio. Pero dado que esos minutos de oración y silencio son necesarios para el bienestar de nuestras almas, tendremos que buscar ávidamente un lugar donde poner nuestra capilla, aunque fuera en un rincón del dormitorio. No hace falta mucho

espacio, simplemente una mesita con un mantel blanco de lino donde pongamos un crucifijo, una imagen de María, agua bendita, el santo rosario, la biblia, nuestros santitos, y alguna que otra vela.

La capilla nos ayudará a descubrir cómo somos y cómo quiere Dios que seamos. Esto será muy importante a la hora de planificar nuestra vivienda.

La biblioteca

Que no falte en ninguna casa una biblioteca religiosa. Y no tanto me refiero tanto a una habitación especial, cuanto a una estantería donde atesoremos nuestros libros de piedad: una buena Biblia, un Misalito antiguo (latín – español) y una buena colección de libros de piedad que nosotros podamos subrayar, escribir nuestras notas, leer y releer. A mí no me gusta leer cualquier libro de piedad que me encuentre, prefiero los libros que ya sé que son buenos y seguros; que tengan una sólida teología y una profunda piedad. Prefiero releer mil veces un libro bueno que leer cualquier cosa que caiga en mis manos. Para ello puede ser muy útil el consejo del director espiritual. Él sabe muy bien qué libros nos pueden ayudar más en el momento de “desarrollo espiritual” en el que nos encontramos. Y ante todo, ¡jojo con los libros nuevos! Porque sea nuevo no quiere decir que sea bueno. Lo más normal, aunque no siempre, es que sea bastante malo. Hay ciertos libros que te echan atrás sólo con el título: “Alfalfa espiritual para los borregos de Cristo”, aunque no creo que caigamos tan bajo. Por ello, del mismo modo que no comemos cualquier cosa, sino que nos aseguramos que el alimento esté en buen estado, no esté caducado... cuidemos también los libros con los que alimentamos nuestra alma, pues podría ocurrir que nos hicieran más daño que beneficio y al mismo tiempo nos produjeran confusión, dudas, e incluso la pérdida de la fe.

Baño

De igual modo que en cada casa tenemos baño y lavandería para practicar la higiene corporal y de los vestidos que nos cubren, deberemos procurar la limpieza de nuestra alma para que siempre se encuentre en estado de gracia y al mismo tiempo le vayamos limpiando las impurezas y corrigiendo las imperfecciones que tengamos.

Para ello será ideal practicar la confesión frecuente según la periodicidad que el director espiritual nos aconseje; y por supuesto, siempre que en nuestra alma hubiera una grave mancha que nos hubiera quitado la gracia de Dios.

Aparte de eso, será bueno realizar todas las noches un sencillo y completo examen de conciencia en el cual revisemos el estado de nuestra alma, el cumplimiento de las prácticas de piedad que nos hayamos propuesto y el examen particular para ir limando poco a poco las imperfecciones que “adornan” nuestro modo de ser.

¿Te preguntas qué es el examen particular? Pues es el examen diario que hacemos sobre un defecto que queramos corregir. Cada día nos examinamos sobre ese defecto y comprobamos si poco a poco se va corrigiendo. Llegará un momento que, con la gracia de Dios y si nosotros queremos, ese defecto

o imperfección esté ya bastante limado y entonces será el momento de poner nuestra atención en otro. De ese modo, y siguiendo un plan, nuestra alma se irá purificando, nuestro carácter se irá haciendo más santo, bondadoso... A la hora de determinar sobre qué debemos hacer el examen particular, la ayuda del director espiritual y de los que viven con nosotros y nos tienen que soportar todos los días, nos darán muchas pistas sobre las cosas que tenemos que mejorar.

Hablando del director espiritual, será muy conveniente si deseamos tener un sólido y bello edificio espiritual que busquemos algún "experto" que nos ayude. Es conveniente, que el director espiritual sea un sacerdote; y mejor todavía si es la misma persona con la que habitualmente nos confesamos. Podría ocurrir que nos dirigiéramos con uno y nos confesáramos con otro diferente, y como consecuencia de ello, ninguno de los dos nos conociera de verdad y no nos pudieran ayudar debidamente.

~ ~ ~

Con ello, damos por concluido este capítulo para, el próximo día acabar con lo que serían los exteriores de nuestra edificación; es decir, la fachada y los jardines de la casa. La verdad es que quedarían muchas más cosas por revisar, pero creo que son más del diseñador y del decorador que del arquitecto, por lo que acabando con el próximo capítulo, llamaremos a un buen decorador y diseñador para que nos ayude a seguir mejorando nuestra casa. Este decorador no será otro que el mismo Jesucristo, quien a través de sus dichos y hechos nos marcó claramente cómo quería que fuéramos nosotros.

Los jardines

Aunque vivimos en el mundo, el Señor se preocupa de recordarnos que no somos del mundo (Jn 15:19). Necesitamos tener un ámbito privado para resguardar nuestra intimidad, nuestra conciencia, nuestra vida, nuestra fe. Es por ello que tenemos que proteger todo ello haciendo crecer a nuestro alrededor un bello y frondoso jardín

Las funciones del jardín de una casa son: aislarla del ruido exterior, darle privacidad a los que vivan dentro de ella, y sobre todo, darle belleza y proveer de un lugar de descanso, asueto, entretenimiento y juego para todos los allí viven o la visitan.

En ciertas culturas, el jardín es una de las partes más cuidadas de la casa. Por ejemplo en Norteamérica, el sueño de cualquier familia es tener su propia casa con un jardincito donde plantar algunos árboles, flores e incluso cultivar sus propias legumbres y frutas. Es maravilloso pasear un sábado por la mañana de cualquier época del año por las calles de esos pueblos. Allí se ve al padre de familia cortando el césped con la ayuda de un hijo. La madre mientras tanto está arreglando los rosales, y el resto de la familia está regando, jugando o columpiándose.

El jardín es lugar de distracción y trabajo para toda la familia. Cada uno cumple su función, y además hay trabajo para todo el año. En primavera, plantar nuevas semillas. En verano cortar el césped y guiar los nuevos arbolitos para que no crezcan torcidos, al tiempo que se revisan los tomates para ver si están maduros... En otoño recoger las hojas que se van cayendo de los árboles caducos, y en invierno, preparar todo el jardín para que los fríos no acaben con la vida de las plantas.

Suelen poner también en los jardines pequeños recipientes con semillas para los pájaros; y a allí acuden cardenales, petirrojos, carpinteros, finches, gorriones y miles de pequeños parajillos que hacen las delicias de los más pequeños. El jardín es también el lugar donde se preparan las barbacoas y se recibe a los vecinos y a los amigos para las fiestas, los cumpleaños... Y es también el jardín el lugar donde la familia saca al menos una vez al año todos los trastos inútiles que se han ido acumulando y los ponen a la venta. Son los famosos "yard sale". Con ello consiguen "limpiar" la casa de estorbos. Así pues, el jardín es para esa cultura un sueño y una parte imprescindible en sus vidas.

Y no digamos en la cultura china donde los jardines tienen un significado místico. El jardín chino tradicional simboliza el paraíso en el mundo. Según las antiguas leyendas chinas, este paraíso se hallaba en la cumbre de una gran montaña que estaba en unas lejanas islas que habían en medio del mar. Allí se encontraba el elixir de la "eterna juventud", que permitía acceder a la inmortalidad.

En España, como en muchas otras partes del mundo, la gran mayoría de personas tiene que vivir en colmenas humanas y como consecuencia se pierde toda esta riqueza. Son diferentes modos de vivir, pero yo creo que tendríamos que aprender de aquellos que lo hacen mejor. De hecho, algunos ya lo están haciendo; familias "pudientes" que han estado viviendo en una colmena, salen de ella para irse a una casita del extrarradio de la ciudad y allí poder tener más privacidad, espacio y su propio jardín. Es por todo ello que el jardín es una de las partes más bellas de la casa. Al tiempo que les aísla del mundo, es un lugar donde se hace parte de la vida y la familia está feliz.

Un jardín no se planta cuando comenzamos a edificar nuestra casa; si acaso se plantan los árboles que nos darán sombra en el futuro. Propiamente el jardín surge cuando la casa ya está edificada y ahora Dios quiere embellecerla para que sea lugar de descanso para nosotros, y al mismo tiempo, instrumento de atracción para que otros vengan a gozar también de nuestras virtudes.

La bondad del alma que se acerca a Dios

Dando ahora el salto del jardín físico a nuestra vida espiritual, podríamos decir que una de las cualidades que más embellecen nuestra "casa" es la bondad. La bondad del corazón no es sino la suma de muchas virtudes, que con la gracia de Dios y el esfuerzo personal, se han hecho "nuestras". Entre ellas podríamos destacar las siguientes: paciencia, humildad, generosidad, espíritu de sacrificio, dulzura, alegría, sencillez, veracidad, valentía, simpatía, docilidad, prudencia, fidelidad, constancia, confianza en Dios...

Para que un jardín esté bello se requiere mucho trabajo: preparar la tierra, abonar, plantar la semilla, regar, quitar las malas hierbas..., y luego, esperar a que la planta crezca y al final dé las flores y los frutos. La bondad es el fruto que surge cuando el corazón es puro y ha sido ya transformado por Cristo - *"Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí"* (Gal 2:20)-.

Bondad es la cualidad de bueno, un adjetivo que hace referencia a lo útil, agradable, apetecible, gustoso o divertido. Una persona con bondad, por lo tanto, tiene una inclinación natural a hacer el bien. El bien, como nos dice Santo Tomás tiende de suyo a difundirse; ésa es la razón por la cual es "atractivo".

En este sentido se considera que una persona tiene la cualidad de la bondad cuando siempre se mantiene dispuesta a ayudar a quien lo necesita, cuando se muestra compasiva con las personas que están sufriendo y también cuando mantiene una actitud amable y generosa hacia los demás. Por contraposición diremos, que quien carece de bondad es aquel que es mezquino, egoísta, desconfiado, rencoroso, insensible.

Los pilares de un edificio son sólidos, y aunque siempre requieren atención y cuidado, lo importante es que fueran levantados debidamente. En cambio el jardín es de suyo "endebles", y puede ser dañado, afeado y destruido sin mucho esfuerzo. Es por ello que tendremos que llevar especial cuidado en mantenerlo todos los días. Con ese fin, será necesario hacer un buen examen de conciencia para eliminar los malos brotes; la oración y los sacramentos serán el abono y el agua que le ayudarán a crecer, la paciencia nos ayudará a ir eliminando las hojas secas, y la confesión hará de rastrillo para eliminar las hojas muertas.

Ha habido santos que han hablado bellamente de este jardín espiritual. Algunos, como San Bernardo nos dicen que María es por excelencia el "jardín de Dios", pues Jesús fue el "fruto de su vientre".

San Antonio de Padua decía en sus sermones: *"El jardín es el alma, en la que Cristo, como jardinero, planta los misterios de la fe, y la riega, cuando le infunde la gracia de la compunción"*. O también: *"Por la inmensa caridad con que nos amó, Cristo se entregó a sí mismo por nosotros, ofreciéndose en sacrificio de suave olor"*.

El Padre Kentenich, fundador del movimiento de Schoenstatt, dice en sus escritos que Dios plantó tres jardines. En primer lugar, la creación. En segundo lugar las Sagradas Escrituras. Y en tercer lugar el Paraíso.

A Santa Teresita de Lisieux le gustaba mucho la naturaleza y mediante ella explicaba que la presencia divina estaba en todas partes y que todo estaba relacionado con el Amor de Dios. Ella se veía como la florecilla de Jesús. Era como una de las múltiples florecillas silvestres que se pueden encontrar en el campo; pasan desapercibidas para la gente, pero que crecen dando gloria a Dios. Siguiendo la tradición carmelitana, Teresita veía al mundo como el jardín de Dios, y a cada persona como un tipo de flor distinta. Se dice que cuando murió, su cadáver desprendía un fuerte olor a azucenas.

Que nuestro jardín exhale “el buen olor de Cristo”

Como jardín florido, el cristiano, que ha ido creciendo en virtudes, pronto empieza a exhalar *“el buen olor de Cristo”* (2 Con 2:15). San Pablo, buen conocedor de ello, dice que en su apostolado se preocupa de esparcir la fragancia de Cristo (2 Cor 2:14) en medio de un mundo corrompido por el hedor del pecado (Rom 3: 10ss)

Hubo un santo famoso, que llenó la Roma del siglo dieciséis y que se llamó San Felipe Neri. Se decía de él que era capaz de detectar si una persona estaba en pecado grave. Por perfumada que anduviese la persona, si estaba en pecado, aquel hombre de Dios lo notaba instintivamente, y le invitaba con amabilidad y buen humor al arrepentimiento y al perdón:

— ¿Por qué no se lava, que no huele bien?

La palabra “fragancia” tiene según el diccionario de la Real Academia dos significados: (1) Olor suave y delicioso, y (2) Buen nombre y fama de las virtudes de una persona. Ambas se pueden aplicar perfectamente a Cristo y a los cristianos que de verdad aman a Cristo.

El «buen olor» es el mensaje de Cristo y también somos nosotros. La vida del santo resulta atrayente porque emite una fragancia agradable para las almas buenas; pero ese buen olor no es propio sino de Cristo; puesto que ha dejado a Cristo vivir en sí mismo (Gal 2:20), su vida toda remite a Cristo. Mensaje y mensajero se identifican. Del mismo modo que el azahar nos recuerda al limonero, el buen olor del cristiano nos recuerda a Cristo.

Cristo es el perfume agradable y suave del Padre que traspasado, herido, maltratado, clavado en la cruz, difunde su olor por todo el mundo y a todos los hombres. Él, al ser atravesado por la lanza, difunde su aroma a todo aquel se le acerque (*“atraeré a todos hacia mí”* Jn 12:32). También la Escritura nos dice que cuando Cristo murió en la cruz, exhaló el Espíritu. Espíritu que es el aroma dado a los hombres en nombre de Dios.

Para que el perfume pueda adquirir su fragancia debe ser paciente en el largo proceso de elaboración. El cristiano, asumiendo en su vida la vida de Cristo, quedará envuelto por el gran aroma de Jesús. Así, si Cristo es el perfume del Padre, y el Espíritu el aroma de Cristo dado a los hombres, no queda más que difundir con olor suave y delicioso la fragancia de Cristo.

Como nos dice Rafael Prieto: *“Quien se acerca a Cristo queda perfumado. Quien lo toca, recibe su aroma. Quien lo comulga se compenetra de toda su fragancia, para convertirse él mismo en el buen olor de Cristo. Sucede como a los enfermos que acudían a Cristo y se esforzaban por tocar sus vestidos o recibían el toque de sus dedos, y quedaban curados: todo el que se acercaba a él con fe quedaba perfumado”*¹.

El buen olor se expande, atrae y cautiva con un naranjo o un limonero en flor, como el olor nocturno que emanan los jazmines.

Es en el jardín donde encontramos al Amado

Es en la primavera de nuestra vida espiritual cuando las jóvenes plantas de nuestro jardín comienzan a dar sus flores, y con ellas, se llena de suave aroma toda la vivienda y en entorno que nos rodea. Es allí, en el jardín, donde el Amado se suele hacer presente para manifestarnos su amor. Allí nos “despierta” y nos “llama” para que acudamos ante su presencia.

*Ya han brotado en la tierra las flores,
ya ha llegado el tiempo de la poda
y el arrullo de la tórtola
se ha dejado oír en nuestra tierra.
Ya ha echado la higuera sus brotes,
ya las viñas en flor exhalan su aroma.
¡Levántate, amada mía,
hermosa mía, y ven!*

(C.C. 2: 12-13)

Al Amado le gusta pasear por nuestro jardín; de hecho, si nuestro jardín esparce su aroma es porque por allí ha pasado Él. Pero su presencia no es permanente; es más, le gusta esconderse para así despertar en nosotros el deseo de su presencia y la virtud de la esperanza

*¡Oh bosques y espesuras,
plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras,
de flores esmaltado,
decid si por vosotros ha pasado!*

(Cántico Espiritual, San Juan de la Cruz)

*Bajó mi amado a su jardín,
a los macizos de balsameras,
para recrearse entre las flores y coger azucenas.*

(C.C. 6:2)

¹ Prieto, Rafael. “El buen olor de Cristo”, Madrid 2009.

Amado y amada ya juntos, pasearán felices por su jardín, mientras se embriagan de los perfumes que exhalan sus virtudes.

*Amado, caminemos
por las campiñas verdes y serenas,
y, luego que pasemos,
de flores tú las llenas,
de nardos, de jazmines y azucenas.*

(Florilegio, Alfonso Gálvez)

~ ~ ~

A lo largo de poco más de tres meses² hemos realizado los lineamientos de lo que debería ser una vida espiritual, ahora queda lo más difícil, pasar de los planos a la realidad. Es algo que todos intentamos hacer con la ayuda de Dios. Algunos estarán poniendo los cimientos o limpiando el terreno; otros, irán un poco más avanzados y probablemente estén ya con las ventanas o quizá cubriendo aguas, y aquellos que perseveren fieles, antes o después, acabarán plantando los jardines y entonces sus vidas comiencen a desprender el "buen olor de Cristo".

Como siempre, muchas cosas se quedaron en el tintero: el mobiliario, los cuadros, la fachada, la vigilancia..., pero creo ya llegado el tiempo de que cada uno escriba su propia historia con la ayuda quizá de los planos aquí dibujados. Y cuando algún día, si Dios quiere, nos veamos en el cielo, me invites a ver cómo quedó tu casa.

² Esta compilación apareció originalmente como una serie de artículos semanales en el sitio adelantelafe.com

Contenidos

Introducción.....	3
Construyendo nuestro "edificio espiritual"	3
Empezando la construcción	5
Los planos, el terreno y el arquitecto	6
Preparando los planos de nuestro edificio espiritual	6
Asegurarnos de que tenemos suficiente terreno y dinero para edificar.....	7
Encontrar a un buen arquitecto que nos guíe.....	7
Eliminando obstáculos	10
La confesión sacramental.....	10
La contrición perfecta.....	11
Eliminar también los obstáculos que haya bajo tierra	11
a.- Los pecados capitales	11
b.- La confesión general	12
Una buena preparación del terreno es pues imprescindible.....	12
Allanando el terreno	13
Las limitaciones del terreno	13
Los cimientos del edificio espiritual.....	14
Problema para crear ese sustrato: Los valores que impregnan la sociedad actual	14
Los primeros cimientos.....	16
La fabricación de los primeros cimientos cuando somos adultos.....	17
Los pilares de nuestro edificio espiritual.....	19
La oración.....	19
La oración es para muchos un mundo nuevo y desconocido.....	19
Descubrir la oración y su valor.....	19
Definición de oración	20
Condiciones para que la oración sea posible y fructífera	20
Mantener la presencia de Dios durante todo el día.....	22
Tipos más frecuentes de oración	22
Los santos y la oración.....	22
Las etapas más comunes de la vida de oración.....	23

El abandono de la oración.....	24
Algunas desviaciones de la oración cristiana: Los “nuevos métodos” de oración.....	24
El sacrificio.....	25
El sentido cristiano del sacrificio y del sufrimiento.....	26
El ejemplo de los santos.....	27
Beneficios del sacrificio.....	28
Tipos de sacrificios.....	28
La Eucaristía.....	30
El valor de los sacramentos en general.....	30
El valor espiritual de la Eucaristía.....	30
Mi experiencia personal con la Eucaristía.....	31
Efectos de la Eucaristía sobre nuestra alma.....	32
Condiciones para recibir a Jesús en la Eucaristía.....	33
El modo más adecuado para recibir la Eucaristía.....	33
Los santos y la Eucaristía.....	34
Las virtudes.....	35
La virtud de la pobreza.....	35
La virtud de la humildad.....	37
Concluyendo.....	38
La Virgen y los Santos.....	39
Las tres clases de culto que ha de dar el hombre.....	39
La devoción y el culto a la Virgen María.....	40
Veneración de los santos.....	42
La caridad.....	45
Significados erróneos o imprecisos del término “caridad”.....	45
El auténtico significado del término “caridad”.....	45
La caridad es el mejor teólogo.....	47
La caridad es el mejor apóstol.....	47
La caridad nos libra del temor que las cosas del mundo nos pueden producir.....	48
La caridad es incompatible con el amor a las cosas del mundo.....	48
La caridad nos une a todos en el corazón de Cristo.....	48
La caridad será la que nos juzgue a cada uno al final de nuestros días.....	48
El enfriamiento de la caridad de muchos.....	49

El valor de las cosas pequeñas	50
El valor de las cosas pequeñas.....	50
Aprende a descubrir las cosas pequeñas en el día a día.....	51
Toda traición a Cristo siempre fue precedida de muchas pequeñas infidelidades	52
Creciendo en el amor a través de las cosas pequeñas.....	52
Las puertas y ventanas	54
Cuando al enemigo se le deja entrar en casa	54
Actitud del cristiano cuando sale de su casa	55
La guarda del corazón.....	56
Las habitaciones de nuestra casa.....	57
La sala de estar-comedor.....	58
La cocina	58
Los dormitorios.....	59
La capilla	59
La biblioteca	60
Baño.....	60
Los jardines	62
La bondad del alma que se acerca a Dios.....	63
Que nuestro jardín exhale "el buen olor de Cristo"	64
Es en el jardín donde encontramos al Amado.....	65

*Hoy día, una de las cosas más difíciles de encontrar es un buen director espiritual. Aunque la verdad, este problema siempre ha existido. (...)
Lo que se pretende con estos escritos es ayudar a aquellas almas que deseen sinceramente progresar en la vida espiritual.*



Padre Lucas Prados

Nacido en 1956. Ordenado sacerdote en 1984. Misionero durante bastantes años en las américas. Puede ser contactado a lucasprados@adelantelafe.com